MANUEL LINARES RIVAS
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)
Y
EMILIO MÉNDEZ DE LA TORRE

El alma de la aldea

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

344

3

HISPANIA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8, MADRID
Copyrigh by Manuel Linares Rivas y Emilio Méndez de la Torre, 1924.

UBLISHED IN SPAIN

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elalmadelaaldeac2993lina

EL ALMA DE LA ALDEA

MANUEL LINARES RIVAS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Y
EMILIO MÉNDEZ DE LA TORRE

El alma de la aldea

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESTRENADA EN BARCELONA EL 29 DE NOVIEMBRE Y EN EL TEATRO DE LARA DE MADRID EL 30 DE DICIEMBRE DE 1924.

BIBLIOTECA HISPANIA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8
MADRID

Es propiedad.
Queda hecho el depósito qne marca la ley.
(Copyright by Manuel Linares Rivas, 1924.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Constanza Martín Páez (34 años).	Concepción Catalá.
Farruquiña d'a Posada (55 ídem)	Leocadia Alba.
Clarita Martín Páez (25 ídem)...	María Cañete.
Maricelsa (20 ídem).....	María de las Rivas.
Doloriñas (28 ídem).....	Raquel Martínez.
Perfecto Pasadoiro (45 ídem).....	Ricardo Simó Raso.
Santiago Penedón (50 ídem).....	José Isbert.
Cecilio (25 ídem).....	Salvador Soler Mary.
Villaselán (50 ídem)...	Gonzalo de Córdoba.
Guillermo Vilavedelle (30 ídem)..	José Balaguer.
Caifás (15 ídem).....	Srta. Elisa Méndez.

La acción en Peneireiros, pueblo imaginario de la costa gallega, lindando con Asturias.

El dialecto se pronuncia como va escrito, sin darle acento ninguno.

Derecha e izquierda, las del actor.

Epoca actual.

Una sola decoración para los tres actos.

ACTO PRIMERO

669598

Para Don Luis Moreno

Planta baja de una casa de aldea, humilde, pero muy limpia, con techo de vigas descubiertas. A foro izquierda, tres o cuatro escalones, con su rellano, y puerta de acceso al piso superior. A foro centro, una ventana. Forillo, campo. Una puerta de interior a lateral izquierda y otra a la calle, en la esquina o lateral derecha. Paredes de tonos grises, con franjas de azul rabioso. Una mesa de pino y unas sillas de paja. Una alacena, y, si es posible, una herrada sobre un banco. Es en julio, por la tarde.

ESCENA PRIMERA

MARICELSA, terminando de pasar un paño por los muebles. FARRUQUIÑA.

MARICELSA.—¡Doña Farruquiña!... ¡Ay, doña Farruquiña!

FARRUQUIÑA.—¿Qué quieres, mujer?

MARICELSA.—Decirle que he terminado y ya le queda la casa como un espejo.

FARRUQUIÑA.—¡Tienes manos de primor, Maricelsa!

MARICELSA.—Voluntad para el trabajo, y más para usted.

FARRUQUIÑA.—Ahí van las tres pesetas de hoy.

(Revolviendo en el bolso colgado a la cintura, bajo la falda.)

MARICELSA.—Muchas gracias.

FARRUQUIÑA.—Y si mañana estás libre, date una vuelta, que hemos de repasar la ropa blanca.

MARICELSA.—Daré, sí señora.

FARRUQUIÑA.—Y de todos modos quiero airearla una miaja, que aun estando guardadita con los membrillos, siempre agradece el aire puro.

MARICELSA.—Verdad es..., y más, que un membrillo puede pasarse y estropear toda la ropa, como le ocurrió a la tía Ignacia, que un mantelo nueviño le quedó para tirar solamente.

FARRUQUIÑA.—¡Ay qué dolor!

MARICELSA.—Así lloraba.

FARRUQUIÑA.—Con razón. Dame la calceta; ¿quieres?

MARICELSA.—Sí, señora.

FARRUQUIÑA.—Que no le sé estarme cruzada de brazos.

MARICELSA.—Tome. ¿Manda algo?

FARRUQUIÑA.—Nada.

MARICELSA.—Entonces voy componerme un poco para marchar.

FARRUQUIÑA.—Ve, mujer, ve, que a la juventud le cae bien el engalanarse.

MARICELSA.—En día de labor no pienso en tanto; pero siquiera, al terminarse el trabajo, ir un algo arregladita.

FARRUQUIÑA.—Los mozos lo aprecian.

MARICELSA.—Es por mi propio mirarme y no por el de ellos.

FARRUQUIÑA.—Será...

ESCENA II

DICHAS. DOLORIÑAS, por foro.

DOLORIÑAS.—Buenas tardes...

FARRUQUIÑA.—¡Hola, Doloriñas!

MARICELSA.—Ya está acompañada... *(Mutis lateral.)*

FARRUQUIÑA.—Sí. Ve a lo tuyo.

DOLORIÑAS.—¿Y el *Cicilio?*

FARRUQUIÑA.—Aun no vino del monte.

DOLORIÑAS.—¿Pero bueno?

FARRUQUIÑA.—Como un roble.

DOLORIÑAS.—Dios se lo conserve, que el dolor de haber perdido a la hija le ha de ser alegría en la salud del nieto.

FARRUQUIÑA.—Así es... De este árbol de tantas ramas que fué mi familia, ya no quedamos más que mi tronco viejo y ese brote florido del *Cicilio.*

DOLORIÑAS.—¡Qué se le ha de hacer!

FARRUQUIÑA.—Voy llorar de recuerdos... ¡Trae el caneco... de la alacena! ¿Quieres un gotín de caña?

DOLORIÑAS.—Un gotín no se desprecia.

FARRUQUIÑA.—Pues aporta dos vasos. ¡Es lo único que tira de las penas!

DOLORIÑAS.—Dichoso el que puede.

FARRUQUIÑA.—¿Y tu pequeño?

DOLORIÑAS.—No es fuerte, ya lo sabe, pero va marchando.

FARRUQUIÑA.—Menos mal. Vuelve guardar esto, que si entra alguien hay burlas..., y si no, hay convidada, que es peor.

DOLORIÑAS.—¡Es muy mala la gente!

FARRUQUIÑA.—Malísima. Creen que todo es por beber..., y no paran atención en lo que es alivio de penas.

DOLORIÑAS.—No paran, no. Pues yo venía que llevo tres días sin acomodo... ¿No sabrá de algo?

FARRUQUIÑA.—¿En qué?

DOLORIÑAS.—En lo que sea, que yo no reparo en fatiga ni en soldada con tal de llevarle un cachiño de pan a mi lucero.

FARRUQUIÑA.—Para el acomodo yo preguntaré..., y para el pan de hoy, te lo arreglo ahora. En la alacena... Corta más..., un poco más.

DOLORIÑAS.—¡La Virgen se lo devuelva en aumento!

FARRUQUIÑA.—Ya lo hace, que nunca nos falta.

DOLORIÑAS.—En buena hora lo diga. ¿Quiere que le haga algún servicio?

FARRUQUIÑA.—Nada; gracias.

DOLORIÑAS.—Me obligaba, mandando.

FARRUQUIÑA.—Lo sé. Anda con Dios, Doloriñas.

DOLORIÑAS.—Con El la dejo, doña Farruquiña. *(Mutis foro.)*

ESCENA III

FARRUQUIÑA; luego, MARICELSA.

FARRUQUIÑA.—*(Calcetando.)*—¡Ay! ¡No puedo con este pesar de las memorias! Cada vez que me vuelve el recordarme de tantos como desaparecieron de mi vida, es un río de lágrimas por mis ojos. *(Con una mano y el pañuelo se seca los ojos, y con la otra mano busca el caneco por la mesa.)* ¡Ay, Jesús! ¡Jesús!... ¿Leváronme o caneco? *(Recordando.)* Sí, que lo mandé yo. ¿Quién iba a calcular que tan pronto volveríame el mal de los recuerdos? *(Va a la alacena y se sirve y bebe otra copita.)* En fin, hay que conformarse con la divina voluntad del Señor, que para bien de ellos puede que los haya llevado...

MARICELSA.—¿Buscaba algo?

FARRUQUIÑA.—*(Sentándose.)*—Nada.

MARICELSA.—*(Quitado el delantal de faena, una blusita y el pelo alisado.)*—Pensé...

FARRUQUIÑA.—Presto cambiaste la figura...

MARICELSA.—Para lo que hice, sobra todo el tiempo.

FARRUQUIÑA.—Descansa un minuto..., y cui-

dado al salir con las palabras que te digan los mozos. ¡Mira que son muy falsos!

MARICELSA.—*(Sentándose.)*—Ya lo sé, pero conmigo no les vale, que conozco lo que se pierde, y hay que defenderse de que le pongan a una malos nombres, que luego, ni aun siendo mentirosos, se pueden sacar de encima.

FARRUQUIÑA.—¡Es el Evangelio! A mí me llaman Farruca d'a Posada..., y posada no es mi casa hace lo menos veinte años.

MARICELSA.—Pero lo fué..., y el nombre ha quedado.

FARRUQUIÑA.—Eso es. Ahora alquilo el pisito de arriba, que lo pagan bien por los veraneos..., y me quité de los trajinantes y de los huéspedes de un día, que dejaban poco y alborotaban mucho.

MARICELSA.—Hizo bien... Pero si un nombre que no tiene cosa de particular queda y requeda, vaya pensando quién se zafa de un nombre puesto con picardía.

FARRUQUIÑA.—Hay que mirarse, hay.

MARICELSA.—Sí, señora.

FARRUQUIÑA.—Aunque fuera muy buena, yo no querría para mi *Cicilio* una mujer con remoquete.

MARICELSA.—Es muy justo, que usted y el *Cicilio* se merecen lo mejor.

FARRUQUIÑA.—Yo, no... Pero él; ¡todo! Es un hombre, ¿eh?

MARICELSA.—Sí, señora.

FARRUQUIÑA.—No se lo voy negar porque sea mi nieto, pero de cabal y de bien y de trabajador no pasa ninguno primero de él.

MARICELSA.—Ni a cien leguas tampoco.

FARRUQUIÑA.—Lo único suyo que me duele es la *condanada* fantasía, mujer.

MARICELSA.—¿Fantasía de orgullos?

FARRUQUIÑA.—¡No! Más humilde es que un cordero. ¡El pensar suyo de rarezas, que no sé de dónde las toma! Yo voy a mi soto de los castaños..., y veo castaños.

MARICELSA.—¿Y él no?

FARRUQUIÑA.—El también...; pero, además, cuando se queda solo, dice que ve encorvarse las ramas para acariciarle y unirse las hojas para hacerle más sombra cuando sestea...

MARICELSA.—¿Hechizo no será?...

FARRUQUIÑA.—No, que es muy buen cristiano.

MARICELSA.—¿Y entonces?

FARRUQUIÑA.—Es su imaginar, que le galopa por los pensamientos. Y como esas, ve mil cosas disparatadas... El agua tiene voz, los animales tienen sentido y le comprenden, y él los comprende a ellos...

MARICELSA.—¡Pegar no les pega nunca!...

FARRUQUIÑA.—Nunca.

MARICELSA.—Y eso, ¿no será un poco de corazón?

FARRUQUIÑA.—Puede...

ESCENA IV

FARRUQUIÑA, MARICELSA y CECILIO.

CECILIO. — *(Desde fuera.)* — ¡Abuela!... ¡Abuela!

FARRUQUIÑA.—No marches.

MARICELSA.—*(Que se levantó súbita.)*—No marchaba.

FARRUQUIÑA.—¿Y luego?

MARICELSA.—No sé...

FARRUQUIÑA.—¿La voz sola te hizo brincar? ¡Ay! Mira, no tontees con el nieto, que lo guardo para mayor conveniencia.

MARICELSA.—No, señora, no. ¡Dios me libre!

CECILIO. — *(Entra, a voces.)* — ¡Abuela!... ¡Abuela!

FARRUQUIÑA.—¡Pero cómo vienes, hombre, de escandaloso y de voceador!

CECILIO.—¡Y de contento!

FARRUQUIÑA.—¿Por qué?

CECILIO.—Dame un *bico* primero.

FARRUQUIÑA.—¡Quita, bobo!

CECILIO.—¿No quieres?

FARRUQUIÑA.—Tanto como no querer...

CECILIO.—Que yo no sé hablar contigo si no empiezo por sentirme un poquitín en tus brazos. Es como decirme: anda, di bobadas, que a mí no me lo han de parecer... ¡Y eso da una confianza, que vuelca uno el alma sin reparo!

FARRUQUIÑA.—*(Abrazándolo.)*—Pues por seguridad mía no te quedes con las palabras en el cuerpo.

CECILIO.—Ahora estamos firmes. *(Dándole la mano con brusca cordialidad.)* Hola, Maricelsiña.

MARICELSA.—Hola, *Cicilio.*

CECILIO.—He visto el trigo dorado, he visto las amapolas rojas..., pero como tú no vi cosa ninguna.

FARRUQUIÑA.—Deja quieta la rapaza...

CECILIO.—Ni la he de ver aunque viva más que el cuervo y ande más tierras que la golondrina.

MARICELSA.—Hoy amaneciste burlador...

CECILIO.—¿Vale jurarlo?

FARRUQUIÑA.—*(Incomodada.)*—¡Deja quieta la rapaza, *hom!*

CECILIO.—Es que vengo que no me pueden ni mil hombres, y si fuera cosa de comer, me comía el mundo de un bocado.

FARRUQUIÑA.—¡Ay, Jesús! ¿Y de dónde traes tú tanta soberbia, corazón?

CECILIO.—De la suerte que me cayó.

FARRUQUIÑA.—¿Qué dices?

CECILIO.—Mas que me suba por las nubes y mas que salgan contra mía los mismos demonios, desde hoy todo es bueno para mí, que la suerte va conmigo.

FARRUQUIÑA.—¿Pero qué pasó?

CECILIO.—Un milagro *talmente.* Iba yo con los bueyes, ara que te ara, vuelta arriba, vuelta aba-

jo, abriéndole los surcos a la tierra en la cansada labor de todo el día... De pronto páranse los bueyes... ¡Ou, *Marelo!* ¡Anda pra diante, *Pintado!*... ¡Y no andaban! Dejéles un respiro a ver..., y mando para delante nuevamente, guiándolos yo. ¡Vamos, *Marelo!* ¡Tira, *Pintadiño,* tira!... ¡Y no andaban!

MARICELSA.—¿No andaban?

CECILIO.—¡No! Como repente de enfermedad no podía ser, que no había de darles a una para los dos..., quedéme *boca abierto.* ¿Qué vos pasa agora? Voyme para ellos—ya sabes que pegar no pego, que obedecen más con el cariño de la voz—y les digo: ¿Qué vos pasa agora, riquiños, que *non queredes traballar? Rasqueles* un poco en los morros, diles unas palmadas en el cuello..., y otra vez a mandar. ¡Tira, *Marelo!*

MARICELSA.—¿Y no andaban?

CECILIO.—No sé cómo entonces ocúrreme el mirar al suelo... ¡Madre de Dios! ¡Mira!

MARICELSA.—¡Un trébol de cuatro hojas!

FARRUQUIÑA.—¡Suerte, rapaz, suerte!

CECILIO.—Y de aquella comprendí la terquedad del *Mareliño* y del *Pintadiño* de mi alma. No querían pisarlo ni que el arado lo hundiese..., y me avisaban a su modo.

FARRUQUIÑA.—Pero ven acá, neno de seis años... ¿Vas a decir que los bueyes discurrían eso?

CECILIO.—¿Y quién lo discurría si no? Solos

estábamos en el monte... ¿Quién lo discurría si no, abuela? ¿El aire? ¿La tierra?

FARRUQUIÑA.—*(Persignándose.)*—¡¡Jesús, Jesús...!!

MARICELSA.—Milagro fué, *Cicilio.*

CECILIO.—¡Ni cuestión! Y en cuanto que cogí las hojas, sin voz y sin mando, los bueyes tiran para delante de su propia voluntad, y otra vez empezamos lentamente la cansada labor de todo el día, ara que te ara, vuelta arriba y vuelta abajo, abriéndole los surcos a la tierra.

FARRUQUIÑA.—Has de ir a ver al señor abad, *Cicilio.*

CECILIO.—Y dos misas que le voy a encargar. ¡Vaya!

FARRUQUIÑA.—Que a mí eso del discurrir en el ganado no me deja tranquila.

CECILIO.—Porque vives siempre dentro de casa, y en esta miseria de las cuatro paredes no cabe más que el ir y venir de las personas; pero si vivieras los días enteros en campo abierto, sin más persona que tú, y con toda la tierra y todo el cielo para ti sola, ya sabrías la verdad de que los animales tienen sentimientos y te los dicen, de que hay pájaros que vuelan cerca de ti porque les das simpatía y pájaros que no quieren nunca ser amigos tuyos, y hay arroyos que te cantan la bienvenida cuando llegas y hay flores que aguardan por ti para abrirse y que las veas.

FARRUQUIÑA.—Tú acabas loco, *Cicilio.*

MARICELSA.—En mucho de eso dice verdad.

FARRUQUIÑA.—Déjame tú quieto al galán, Maricelsa.

MARICELSA.—Es un pensar conforme con el suyo.

CECILIO.—¿Tú me crees?

MARICELSA.—¡Sí, hombre!

CECILIO.—¿Y te gustaría verlo?

MARICELSA.—¡Muchísimo!

FARRUQUIÑA.—¡Déjame quieto al galán, Maricelsa! No lo encalabrines más tú, que ya se va él solo de la imaginación.

MARICELSA.—Y yo, pobre de mí, ¿en qué le voy a empujar ni a detener, si no soy nada?

FARRUQUIÑA.—No es bueno darles cuerda a los que tienen fantasías...

CECILIO.—¿Qué daño le hago a nadie con ver las cosas vestidas de claro y no de negro?

FARRUQUIÑA.—Eso es cierto, corazón.

CECILIO.—Y si yo tengo el alma tan llena de cariños y de buenas voluntades, que ya no me caben en el pecho..., ¿qué daño le hago a ninguna persona queriendo también un poco a los animales y a las cosas?

FARRUQUIÑA.—Ninguno, hombre. *(Levantándose.)* ¡Ay, Farruca, Farruca! ¿Para qué te meterás a discutir con la gente moza? ¿No sabes ya que con los viejos siempre tiene razón la mocedad...?

CECILIO.—*(Abrazándola.)*—Y el querer de los mozos para los viejiños, ¿no cuenta, abuela?

FARRUQUIÑA.—¿Tú quieres a los bichos también?

CECILIO.—Pero a ésos con lo que sobra.

FARRUQUIÑA.—¡Ya te conozco! *(Marchando.)*

CECILIO.—Poco, todavía.

FARRUQUIÑA.—¡Boh! ¡Boh! ¡Boh!

MARICELSA.—¿Vengo mañana, doña Farruquiña?

FARRUQUIÑA.—Sí, mujer.

MARICELSA.—Pues hasta mañana.

FARRUQUIÑA.—Adiós. *(Mutis.)*

MARICELSA.—Y que se detenga en ti la suerte, ¿eh?, *Cicilio*...

ESCENA V

MARICELSA y CECILIO.

CECILIO.—*(Deteniéndola.)* — Aguarda. Tengo que decirte una cosa, Maricelsiña.

MARICELSA.—*(Asustada.)*—¡Ay, no! De eso no hables.

CECILIO.—¿Y cómo sabes tú de qué voy a hablar, si aun no te marqué por dónde?

MARICELSA.—Claro que no lo sé..., pero no importa, para que de eso no te siga la conversación.

CECILIO.—¿Y quién lo impide?

MARICELSA.—Mi pobreza, que le teme a las burlas de los galanes..., y aquí en esta casa, de donde salgo agradecida siempre, la promesa que le hice a doña Farruquiña, que te guarda para cuando pasen reinas por el pueblo.

CECILIO.—*(Riendo.)*—¿No será mucho?

MARICELSA.—En su boca, no.

CECILIO.—¿Y en la tuya?

MARICELSA.—¿Yo qué te voy a decir? Si es para tu bien, llévite reina y que *vos* nazcan príncipes todos los años.

CECILIO.—Es que a mí no me apetece salirme de mi clase.

MARICELSA.—Pues no salgas, que ahí mandas tú.

CECILIO.—Y en cambio..., ¡si vieras qué ganas tengo de lo que tengo ganas!

MARICELSA.—Se comprende...

CECILIO.—Y si fuera como lo pienso..., ¡ay, qué gusto, Maricelsa!

MARICELSA.—Vaya, ¡adiós!

CECILIO.—Aguarda, que de todo lo demás nadie nos priva de que hablemos, y siempre cae en buena tierra un poco de palabrería con las mozas.

MARICELSA.—Eso no tengo por qué negarlo.

CECILIO.—Con mujer más honrada no he de pararme.

MARICELSA.—No.

CECILIO.—Ni más formal tampoco.

MARICELSA.—Tampoco. Sin dármela de vani-

dosa, ya comprenderás que cortejos de parranda no me faltaron..., pero yo a cortejos no me doblo.

CECILIO.—Esa fama tienes.

MARICELSA.—Y a puño me la gano. *(Riendo.)* Pero a puño de verdad, ¿eh?, que algunos no entienden el "¡déjame en paz!" sino arreándoles a la vez en los hocicos.

CECILIO.—Ya lo sé... ¡Y había de ver yo alguno de ellos!

MARICELSA.—No creas que van mal con mi respuesta, que de alfeñique no soy.

CECILIO.—Y vamos a cuentas de lo que vales tú, aun teniéndote por no valer nada. Honradiña, formal, trabajadora...

MARICELSA.—¡Qué remedio sino buscarse el pan...!

CECILIO.—Y luego frescota, garrida, guapa..., ¡guapa! ¡Ay, qué gusto de guapa, Maricelsiña!

MARICELSA.—¡Ay, no! ¡Por ahí, no, *Cicilio,* que nos perdemos!

CECILIO.—Eso quisiera yo.

MARICELSA.—¡Calla!

CECILIO.—Bueno..., me callo; pero no me mires..., que si me miras, *¡voime* para ti como un raposo!

MARICELSA.—Y a ti, ¿te gustan las fuerzas donde no haya voluntades?

CECILIO.—No.

MARICELSA.—Pues entonces, mas que te mire, no me das miedo, *Cicilio.*

CECILIO.—Haces muy bien en ponerte de segura donde yo estoy, que todo lo quiero de ti; pero no quiero nada sin el admitirlo.

MARICELSA.—Así debe ser.

CECILIO.—Y no te figures que va para muy lejos el día en que yo te pregunte cuáles son tus pensamientos.

MARICELSA.—De ahora lo sabes ya. Que te aprecio.

CECILIO.—No casa la contestación.

MARICELSA.—Pues otra no habrá, que yo no aprendí todavía a infernar las familias.

CECILIO.—Cuando sea, ya veremos lo que es, Maricelsa... Pero que voy por tu camino muy firme y muy de hombre de bien, ¡eso sí lo sé ya!

MARICELSA.—*(Secándose con el pañuelo un pucherito.)*—Gracias, *Cicilio.*

CECILIO.—No tienes de qué agradecer.

MARICELSA.—Una pobriña como yo no escucha tantas veces palabras derechas para que el oírlas no le llegue muy adentro. Y sea mañana lo que sea, hoy te quedo muy obligada, *Cicilio.*

CECILIO.—Pues ya lo sabes. *¿Vaste* de buena amiga?

MARICELSA.—Voy.

CECILIO.—¿Y confiada de mí?

MARICELSA.—¡Ya lo creo!

CECILIO.—Y este portarme bien, ¿no piensas tú que se podría pagar con algún favor?

MARICELSA.—¿Qué favor?

CECILIO.—*(Arrimándose.)*—Algo que fuese un cachiño más que a un amigo cualquiera...

MARICELSA.—No entiendo...

CECILIO.—Un abrazo, Maricelsa...

MARICELSA.—¡Ay, no!

CECILIO.—*(Entre broma y veras.)*—¡Pues no marchas!

MARICELSA.—*(Dejando caer el pañuelo.)*—¡Asustas, hombre!

CECILIO.—En serio que no marchas.

MARICELSA.—Coge el pañuelo, ¿quieres, rapacín?

CECILIO.—¡Sí! *(Se agacha.)*

MARICELSA.—*(Aprovecha el momento y escapa.)*—¡¡Abur, tú...!! *(Mutis.)*

CECILIO.—*(Desesperado.)*—¡Mal rape me coma! ¡Mismo soy un papanatas de primera!

ESCENA VI

CECILIO y FARRUQUIÑA.

FARRUQUIÑA.—¿Qué te pasa?

CECILIO.—¡Que me burló esa condenada rapaza!

FARRUQUIÑA.—Consuélate, galán... Desde que hay mujeres, eso le pasa a los galanes.

CECILIO.—¡Maldita sea!

FARRUQUIÑA.—No eres el primero..., y no serás el último. Y ahora seriamente, *Cicilio*: no le

des vueltas a la Maricelsa, que sería un dolor el que le hicieras perjuicio a una muchacha tan cabal y tan de bien.

CECILIO.—¿Y quién ha pensado esa infamia? Yo voy con ella muy de buena ley.

FARRUQUIÑA.—Eso tampoco lo debes pensar, que no es de condición para mujer tuya.

CECILIO.—¡¡Abuela!!

FARRUQUIÑA.—El nieto de la Farruca ha de casar con quien se le empareje en dineros y doble los de la casa.

CECILIO.—¡Abueliña...!

FARRUQUIÑA.—De eso, ni hablarlo, *Cicilio.*

CECILIO.—*(Resignado.)*—Si puedo, ya te obedeceré...; pero si no puedo, habrá que hablarlo, abueliña de mi alma.

FARRUQUIÑA.—No, no...

ESCENA VII

DICHOS Y SANTIAGO.

SANTIAGO.—Buenas tardes.

FARRUQUIÑA.—¡Hola, don Santiago!

SANTIAGO.—*(Leyendo.)*—¿Doña Francisca Berbesa?

FARRUQUIÑA.—Aquí no es.

SANTIAGO.—¿Cómo que no? Y tú, ¿quién eres?

FARRUQUIÑA.—¡Ay, calla, que tiene razón! Pero cincuenta años llamándome Farruquiña d'a

Posada me hicieron olvidar el doña y el Francisca.

SANTIAGO.—A ti... y a todos, que nadie sabía dar las señas, hasta que por casualidad he visto yo la carta en Correos y te la traigo.

FARRUQUIÑA.—Muchas gracias, y ya puesto a favores, hágame el de leerla, que no tengo aquí las gafas que leen.

CECILIO.—Ni yo tampoco.

SANTIAGO.—*(Riendo.)*—Bueno...

FARRUQUIÑA.—¿Quiere un gotín de caña... o de ron?

SANTIAGO.—Nada. "Estimadísima Farruquiña..."

FARRUQUIÑA.—¿De quién es?

SANTIAGO.—Frasquito Carrillo.

FARRUQUIÑA.—El curita andaluz que tuvimos de *huéspede* hace dos años. Buena persona, sin despreciar a nadie...; pero no parecía andaluz más que en el hablar, en eso de las erres y las eses.

SANTIAGO.—¿Pues en qué lo había de parecer?

FARRUQUIÑA.—En el vestir, en el sombrero redondo...

SANTIAGO.—¿En el sombrero redondo un cura? ¡Farruca!

FARRUQUIÑA.—Cuando iba de paisano, hombre. ¡No sea material!

SANTIAGO.—Ni aun entonces.

FARRUQUIÑA.—Bien estaría, pues. Siga la carta, corazón.

SANTIAGO.—"Estimadísima Farruquiña: te escribo para recomendarte con todo interés a doña Constanza y a doña Clarita Martín Páez, que desean pasar una temporada en tu casa, tranquilas y reponiéndose de esta pícara vida de Madrid, en que todos son cuidados y preocupaciones. Trátalas bien, que lo merecen, y yo las tengo en gran estimación. Recuerdos para Cecilio y para todos los buenos amigos de ésa, y tú recibe el afecto de tu servidor, amigo y capellán, *Frasquito Carrillo.*"

FARRUQUIÑA.—Muy bien.

SANTIAGO.—Creo que tú debías responderle inmediatamente, porque la carta suya lleva unos días de retraso.

FARRUQUIÑA.—Si usted la escribe...

SANTIAGO.—Sí, mujer.

CECILIO.—Tampoco tenemos aquí las gafas de escribir...

SANTIAGO.—Me lo figuraba...

FARRUQUIÑA.—Pues anda, *Cicilio;* trae escribanía completa. (CECILIO *trae una botella rota, un papel y un palito con una plumilla amarrada.)*

SANTIAGO.—Lo que debes decirle es que las recibirás con mucho gusto, que os entenderéis bien en el precio del hospedaje, que del buen trato no hay ni que hablar y que vengan cuando quieran.

FARRUQUIÑA.—El caso es que ahora no les puedo decir que vengan.

SANTIAGO.—¿Por qué?

FARRUQUIÑA.—Porque ya han venido.

SANTIAGO.—*(Asombrado.)*—¿Eh?

FARRUQUIÑA.—Esta mañana, a eso de las once...

SANTIAGO.—¡Pudiste advertírmelo antes y nos ahorrábamos la conversación!

FARRUQUIÑA.—¡Ay, no, señor! Yo no le iba a interrumpir a usted y a escacharrarle la noticia, que la estaba dando con tan buena voluntad. ¡Ay, eso, no, señor!

SANTIAGO.—Si fué por fineza...

FARRUQUIÑA.—Naturalmente, que también los pobres tenemos nuestra educación.

SANTIAGO.—Pues agradecido...

CECILIO.—En la salita de arriba están, sí señor. Y las dos hermanas son muy guapas... ¡Ay, qué gusto de guapas las dos! Una es doctora, médica... ¡Ay! ¡Quién estuviera enfermo, don Santiago!

SANTIAGO.—Lo creo...

CECILIO.—Bueno, una es médica, y la otra es bromista.

SANTIAGO.—¿Cómo, bromista?

CECILIO.—Me dijo que le subiera agua, que iba a pintar. ¡Figúrese quién va a ver lo que pinte con agua! Y yo la calé *de* seguida: bromista de las de Madrid.

SANTIAGO.—Bien calada, Cecilio.

CECILIO.—Muy espabilados no estamos por las

aldeas, ¡pero no tanto de bobería, ¿eh?, no tanto!

SANTIAGO.—Claro que no.

ESCENA VIII

DICHOS. CONSTANZA, asomando al rellano.

CONSTANZA.—¡Doña Francisca! ¡Doña Francisca!

SANTIAGO.—Que es por ti, mujer.

FARRUQUIÑA.—No me le acostumbro... Mire, doña Constanza, si quiere que la atienda pronto, llámeme siempre Farruquiña.

CONSTANZA.—Perfectamente. ¿Tiene café?

FARRUQUIÑA.—Si, señora. Tú, *Cicilio,* vaste llegar a la tienda de la *Perillana*... ¿Lo quieren muy cargado?

CONSTANZA.—Un poco.

FARRUQUIÑA.—Vaste llegar a la tienda de la *Perillana*... ¿Lo tomarán todos los días?

CONSTANZA.—Todos.

FARRUQUIÑA.—Vaste llegar a la tienda de la *Perillana,* y que te dé luego un cuarterón de café y media libra de azúcar blanca.

CECILIO.—Voy.

FARRUQUIÑA.—Bien pesado, ¿eh? Y que lo envuelva en papel de estraza.

CECILIO.—Voy. *(Mutis.)*

FARRUQUIÑA.—Con el papel de estraza y una

veliña de sebo se curan admirablemente los resfriados de pecho.

CONSTANZA.—Puede ser...

FARRUQNIÑA.—No marra uno. *(Mutis.)*

ESCENA IX

CONSTANZA y SANTIAGO.

SANTIAGO.—¿Qué opina usted del tratamiento, señora doctora?

CONSTANZA.—*(Que marchaba, deteniéndose.)* No está mal...

SANTIAGO.—Pero que hay otros...

CONSTANZA.—Claro...

SANTIAGO.—Y usted perdone que haya intervenido en la conversación sin que nadie me llamara; pero ustedes vienen espontáneamente al pueblo..., el pueblo es nuestro..., luego ustedes son nuestras. Y con esta lógica—que no es mucha lógica, pero es la que gastamos en Peneireiros—me creo con perfectísimo derecho para sacar sillas y meter bancos en todo el pueblo..., y en la obligación ineludible de ofrecerme a los forasteros en cuanto soy y valgo.

CONSTANZA.—Agradecidísima.

SANTIAGO.—No soy nadie..., pero en cuanto conozca usted los poquísimos convecinos sociables que hay en la localidad, se va a creer que soy alguien.

CONSTANZA.—No lo dudo, sin necesidad de comparaciones.

SANTIAGO.—No, sin ellas, no, porque estoy perdido. Compare, señora, compare... Aquí pasa un poco lo que con las banastas de las pescas—de las que venden el pescado—al por menor. Traen doscientas sardinas, un par de pulpos, media docena de panchos incomibles y un salmonete. Claro, entre lo otro, el salmonete parece un manjar de dioses. Bueno, pues en el orden espiritual de este pueblo, yo vengo a ser el salmonete de Peneireiros.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Por muchos años...

SANTIAGO.—Y ya que expuse mi cualidad, ahora permítame usted que me presente con mi nombre y apellido. Soy Santiago...

CONSTANZA.—¡Alto! *(Sacando un papelito.)* Santiago Penedón.

SANTIAGO.—Exacto. ¿Pero como sabe usted...?

CONSTANZA.—Muy sencillo. Nuestro excelente amigo don Frasquito, al recomendarnos con insistencia este pueblo y esta casa, nos hizo una relación de las personas con quienes deberíamos tratarnos más asiduamente, y añadió algún detalle característico para que los juzgáramos de antemano.

SANTIAGO.—¿Y yo figuro entre los carasterísticos?

CONSTANZA.—De los primeros. "Santiago Penedón... anda alrededor de los cincuenta años... y siente andar alrededor de tantos..."

SANTIAGO.—Es verdad.

CONSTANZA.—"Buena persona, buenos sentimientos, buen corazón... y mala lengua."

SANTIAGO.—Lo mismo digo del informante.

CONSTANZA. — Otro. "Guillermo Vilavedelle, hijo único de la Marquesa de ese título. Buen chico... Se cree enfermo, no por lo que padece, sino por lo que le cuidan..., y reúne todas las condiciones apetecibles para ser un marido ideal: es joven, es agradable de figura, es rico... y no es exageradamente listo."

SANTIAGO.—¡Caramba!

CONSTANZA. — "Don Perfecto Pasadoiro... También hacia los cincuenta. Hizo fortuna en América, y hoy es el mayor contribuyente, el mayor capitalista y el mayor gaznápiro de Peneireiros."

SANTIAGO.—Exacto. ¡Pero ese apreciabilísimo presbítero no escribe: raja!

CONSTANZA.—Y última indicación: "Aunque sea en agosto, lleve usted pieles de repuesto..., porque la piel de usted se la quitarán en casa de doña Servanda Pinillos..."

SANTIAGO.—¡Exacto! ¡Exacto!

CONSTANZA.—"Que aquella tertulia es desde tiempo inmemorial la encargada de mantener el fuego sagrado de la murmuración, y allí acuden todos con su brazadito de leña, para que el fuego no se apague."

SANTIAGO.—¡Exacto! ¡Exacto!... Pero diga us-

ted, señora: todas esas amables referencias, ¿son de don Frasquito?

CONSTANZA.—Sí, señor.

SANTIAGO.—Pues no cabe duda: ¡a ese Frasquito se le saltó el tapón!

CONSTANZA.—Quizás...

SANTIAGO.—Y si lo llegamos a sospechar cuando estuvo por aquí, no se nos escapa con menos del martirio.

CONSTANZA.—¿Tanto?

SANTIAGO.—Por mí, hubiera bastado... A doña Servanda, de fijo que aun le parecería poco.

CONSTANZA.—¿Tan implacable es?

SANTIAGO.—Solterona. Después del tigre hambriento, lo más peligroso de la fauna social.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Yo también lo soy...

SANTIAGO.—No; usted está en lo mejor y en lo más codiciable de la mujer: en fruta madura...

CONSTANZA.—Gracias...

SANTIAGO.—¿No quiere bajar un momento?...

CONSTANZA. — Sí... *(Llamando al interior.)* ¡Clara!...

ESCENA X

DICHOS. PERFECTO y GUILLERMO. Luego, CLARA.

PERFECTO. — *(Siempre cubierto.)*—Forasteras tenemos, ¿eh?

SANTIAGO.—No sé si las tendrá usted...; pero aquí están.

PERFECTO.—¿Y valen la pena?

SANTIAGO.—¿De qué?

PERFECTO.—De tratarlas. Porque si son feas o antipáticas, yo no me molesto...

SANTIAGO.—Será mejor que eso lo aprecie usted por sí mismo...

PERFECTO.—Bueno. Ya le diré a usted mi opinión.

SANTIAGO.—No; guárdesela, porque he cometido ya la torpeza de formar la mía, y no voy a tener sitio para la de usted.

PERFECTO.—Siempre ven más cuatro ojos que dos.

SANTIAGO. — Según como sean los ojos..., y quien los tenga. ¿Qué hay, pollo?

GUILLERMO.—Llevo una temporadilla bastante bien; pero en casa no quieren dejarme que salga al mar...

SANTIAGO.—¡Bah! ¡Bah!...

GUILLERMO.—Temen que el Sol abrase demasiado..., y, si vuelvo algo tarde, que el relente y el aire muy vivo...

SANTIAGO.—Pues metido en un fanal no te curas nunca.

(*Bajan* CONSTANZA *y* CLARA.)

PERFECTO.—(*Aparte, a* SANTIAGO.)—No son nada despreciables...

SANTIAGO.—Es usted muy bondadoso con ellas.

PERFECTO.—¡No, caray! No. De veras lo digo. ¡Preséntеme!

SANTIAGO.—¿Ustedes me permiten? Guillermo Vilavedelle... ¡Ya sabe usted!...

CONSTANZA.—Sí, sí.

SANTIAGO.—Perfecto...

PERFECTO.—*(Al oído.)*—Don.

SANTIAGO.—¡Eso es! Don Perfecto Pasadoiro, el mayor contribuyente, el mayor capitalista, y el mayor... ¡Ya sabe usted!

CONSTANZA.—Sí, sí.

PERFECTO.—El mismo. Para servirlas, ¿eh?...

CONSTANZA.—Gracias.

PERFECTO.—Y eso, dicho por un hombre como yo, es decir algo. ¿Eh, Santiago?

SANTIAGO.—¡Mucho!

CLARA.—Como nosotras no tenemos quien nos presente..., nos presentamos nosotras. Constanza: mi hermana..., mi madre, mi padre, mi amiga..., ¡todo para mí en el mundo!

CONSTANZA.—*(Abrazándola.)*—¡No seas chiquilla!

GUILLERMO. —Así estamos bien enterados. Quien le agrade a usted, ha de haber empezado por serle grato a ella.

CLARA.—Exactamente. Y yo soy Clara... Nada más que Clara; pero, eso sí: ¡muy clara!

SANTIAGO.—Enterados también.

GUILLERMO.—Me parece que no es usted de las que se desesperan en seguida...

CLARA.—¿Yo? Ni en seguida, ni al cabo de mucho tiempo. ¡Jamás! Ni creo que haya en todo

el mundo arriba de un par de cosas que merezcan la desesperación. Un disgustillo..., ponga usted también que un disgustazo...; pero el que más, veinticuatro horas..., y luego, al diablo el disgusto..., ¡y a vivir, que corre prisa y dan poco tiempo!

GUILLERMO.—No voy yo muy distante de pensar igual...

CLARA.—Lo celebro; y si usted quiere que seamos buenos amigos, no hable usted nunca triste, no me cuente nada trágico, no suspire nunca, porque aborrezco la melancolía... Y cámbiese usted la corbata, porque aborrezco también las chalinas.

CONSTANZA.—¡Clara!

GUILLERMO.—Será usted obedecida.

PERFECTO.—¡Me lo habían de exigir a mí!...

CLARA.—¡Al contrario! A usted le suplico que se ponga dos.

PERFECTO.—¿Cómo dos?

CONSTANZA.—¡No le haga caso!...

CLARA.—Y perdóneme la franqueza. Yo pinto; es decir, soy artista..., o tengo la aspiración de llegar a ser artista..., y cuanto se relaciona con el Arte me conmueve y me entusiasma. Pero la apariencia, la *posse* del artista, a fuerza de metros de corbata y de metros de pelo, me ponen para llevarme a una clínica de urgencia.

CONSTANZA.—Pocos años todavía, y juzga principalmente por lo externo. A los hombres, como a los árboles, no les ve más que la corteza.

PERFECTO.—Pues la fibra está debajo. Aquí donde me miran, he sido fogonero. Tres años fogonero de barco... ¡El infierno, señoras, el infierno! Pero es lo que más se paga..., y Perfecto Pasadoiro no se preocupó de su cuerpo ni de su cansancio, sino de la paga.

CONSTANZA.—Igual que usted fuí yo.

PERFECTO.—¡Quiá!

CONSTANZA.—¡Vaya!

PERFECTO.—¿Fogonera también?

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡No, hombre! Quiero decir de dura para el trabajo, y de dura y de feroz para mi cuerpo. ¡Sin compasión lo zarandeaba! ¿Te cansas, cuerpo? ¿Te fatigas, memoria? Ojos míos, ¿os cerráis de sueño? ¡Pues no puede ser! ¡Arriba, holgazanes! Una esponja de agua fría por la cabeza..., y a estudiar horas y más horas.

PERFECTO.—Estudiar no es trabajar: sentadito, y a fumar pitillos. ¡Bah!

CONSTANZA.—Yo no fumo.

PERFECTO.—Bueno; sentadito, y a no fumar pitillos. ¡Vaya un trabajo!

CLARA.—No crea usted que leía novelas, ¿eh?

SANTIAGO.—Constanza es médica. Doctora...

PERFECTO.—¡Huy! ¡Sabia! ¡Malo!

CONSTANZA.—Sabia, en el sentido de comprender que necesitaba una profesión para ganarme la vida; de buscármela y de lograrla sin cejar un

día, sí. En lo demás, me doy por bien pagada con ir siendo una medianía.

GUILLERMO.—No son esos nuestros informes.

CONSTANZA.—¡Dios se lo premie a quien les dió buenos!

GUILLERMO.—Don Frasquito... me escribió para que la saludara a usted.

SANTIAGO.—¿Pasarán aquí todo el verano?

CONSTANZA.—Ese es mi propósito.

SANTIAGO.—¿Viene debilucha?

CONSTANZA.—No. Pero me parece que después de los años de carrera, estudiando ferozmente, y de los cuatro que llevo de ejercer, ya me corresponde una temporadita de sosiego.

GUILLERMO.—¡Bien ganado lo tiene!

CLARA.—¡No lo sabe usted bien!...

PERFECTO.—Floja, floja. Yo no descansé hasta que pude decir: "¡Ahí queda eso! ¡Que trabaje otro!"

CONSTANZA.—Usted ha sido más fuerte.

PERFECTO.—Más tenaz.

CONSTANZA.—También.

PERFECTO.—Y en ese tiempo, ni un recreo, ni una distracción, nada. A ganar..., a ganar..., nada más que a ganar. Pero ustedes las mujeres siempre tienen un rincón de la cabeza a pájaros, y la más formal sueña con doscientos desatinos.

SANTIAGO.—Querrá usted decir con doscientas ilusiones.

PERFECTO.—No hay inconveniente...; pero ya

me dirá usted qué diferencia encuentra entre ilusiones y desatinos. Yo, ninguna.

CONSTANZA.—Puede que acierte usted con las demás; conmigo se equivoca de medio a medio. El día que me dijeron que no quedaba para mi hermana y para mí más que la orfandad de catorce duros con sesenta y cinco céntimos al mes... —esta parte de la tragedia de mi infancia y estos catorce duros para las dos... son bufos, ¿verdad?, son bufos...

GUILLERMO.—Un poco...

CONSTANZA.—Y, sin embargo, son trágicos. ¡Se ríe uno, pero llorando! ¡Bien! Desde ese día, señor Pasadoiro, le juro a usted por mi nombre que yo tampoco supe lo que eran recreos ni diversiones. Y en cuanto a lo que usted supone de pájaros volanderos, de escapadas a lo ideal, de rebeldías de la carne y de la juventud, protestando contra la eterna y constante voluntad que las rechazaba, ¡tuve tan pocas!..., ¡tan pocas!..., que cuando alguien me decía: "Pero ¿será posible que tú no tengas ninguna ilusión?...", yo, antes de responder, empezaba por preguntar: "E ilusiones, ¿qué son?, ¿qué son? ¡Decídmelo primero, para que yo pueda contestaros después si las tengo o no las tengo!"

SANTIAGO.—¿Fué cruel la primera embestida?

CONSTANZA.—Cruel, no..., puesto que he llegado a una posición, modestísima todavía, pero firme y segura.

GUILLERMO.—¿Amarga?

CONSTANZA.—Un poco.

PERFECTO.—¿Y difícil?

CONSTANZA.—Más de un poco. Pero no les guardo rencor ninguno a las horas aquellas... Al contrario, las agradezco.

CLARA.—Por lo que enseñan.

CONSTANZA.—Por lo que enseñan. Los que empiezan en muy felices, se van pronto a muy hastiados. Como tienen tantos bienes, ningún bien les emociona, pensando que todos les son debidos. En cambio, los que pasamos de jóvenes mucho mal, muchas dificultades y muchas privaciones, cuando llega un poquito de bien, nos parece que ya es un favor enorme de la suerte..., y lo saboreamos con delicia.

SANTIAGO.—Es verdad.

CONSTANZA.—Y como la vida no suele ofrecernos el bien a montones, a puñados, sino a poquitos—¡y gracias que lo ofrezca así!—, yo creo que al final de la jornada salen mejor librados los que sueñan con lo pequeño, los que aspiran a lo menudito y los que se conforman gozosos con lo insignificante y lo vulgar.

SANTIAGO.—No diré yo que no...

GUILLERMO.—Sin embargo, ¡es tan hermoso el soñar con grandezas y el creer en sublimidades!...

PERFECTO.—Pero esta señora es más práctica y se decide por lo sencillito y por lo fácil.

CONSTANZA.—¡Cómo se engaña usted, don Per-

fecto, imaginándose que lo fácil es lo pequeño! Al revés..., lo difícil, lo inmensamente difícil. ¿Creer en lo grande y en lo indiscutible? Cualquiera. La dificultad es creer en lo que se puede negar con algo de fundamento. ¿Creer en el Sol? Cualquiera. La cuestión es creer en la estrella que no se distingue a simple vista. ¿Creer en Dios? ¡Vaya un mérito! La cuestión es reverenciar a los Apóstoles, rezar a los Santos, soñar con los ángeles y aguardar con fe a los Reyes Magos...

PERFECTO.—¿Y usted es así?

CONSTANZA.—Así soy. Quien me quiera, que me tome así. *(Con una ligera reverencia.)* ¡Hasta siempre, señores! *(Mutis al interior.)*

CLARA.—Hasta siempre. *(Mutis.)*

PERFECTO.—En mi opinión, hay una doctora, pero hay dentro una mujer.

SANTIAGO.—Y fuera también.

GUILLERMO.—¡Vaya si hay!

SANTIAGO.—Pues si estamos conformes, démonos la enhorabuena como vecinos de aquí. ¡Por el pueblo viejo de Peneireiros está pasando el alma nueva de una mujer encantadora!...

TELON

ACTO SEGUNDO

Es por la tarde, en agosto.

ESCENA PRIMERA

FARRUQUIÑA, calcetando. Por foro, DOLORIÑAS.

DOLORIÑAS.—*(Pobremente vestida.)*—Buenos días...

FARRUQUIÑA.—¡Hola, Doloriñas! ¿Quiéresme algo?

DOLORIÑAS.—Nada. Llevo ya estos cachiños de pan que me dió la tía Benita, y con un poco de aceite *harei* unas sopiñas de ajo tan ricas.

FARRUQUIÑA.—¿Estás allí de costura?

DOLORIÑAS.—De amaso.

FARRUQUIÑA.—Moito pan comen agora.

DOLORIÑAS.—Es que volvió *Lionardo* del servicio y trajo hambres del pan que amasa la madre.

FARRUQUIÑA.—Razón tiene, que nunca en la vida lo volvemos a comer tan bueno como ése.

DOLORIÑAS.—Es bien verdad.

FARRUQUIÑA.—¿Y tu rapaz?

DOLORIÑAS.—No sé qué decirle, Farruquiña... Desde ayer danle unos ahogos que meten miedo.

FARRUQUIÑA.—¡Válgame Dios!

DOLORIÑAS.—Y yo venía a ver si me lo visitaba la señora médica, que con el de aquí no adelantamos.

FARRUQUIÑA.—Ya sabes que no visita.

DOLORIÑAS.—¡Pues la fama le anda ya volando de que es milagrera para el mal de los niños!

FARRUQUIÑA.—Con el ahijado mío..., vamos, con los de casa; que por fuera no quiere ir, para que no digan que se mete a hacerle daño al señor médico de aquí.

DOLORIÑAS.—Eso es de muy mirada; sí... Pero como lo mío es una caridad tan grande, puede ser que por caridad se lo dijera esta vez el corazón.

FARRUQUIÑA.—Puede ser...

DOLORIÑAS.—¿Me deja hablarla?...

FARRUQUIÑA.—Aun andan en la calle, que fueron al Soto.

DOLORIÑAS.—¿Entonces me deja volver? Y si hay ocasión, récele usted primero para guiarla la voluntad por mi lado.

FARRUQUIÑA.—Descuida, que te haré el favor con mucho gusto.

DOLORIÑAS. — ¡Gracias, Farruquiña! Adiós, ¿eh?..., y que calcetes mucho.

FARRUQUIÑA.—Falta hace, que no pongo medias que no rompa por los calcaños.

DOLORIÑAS.—Ha de ser de pisar arrastrado.

FARRUQUIÑA.—Seguramente.

DOLORIÑAS.—De aquí a poco, ¿verdad?

FARRUQUIÑA.—Sí, Doloriñas; sí.

DOLORIÑAS.—Pues voume a ver cómo sigue o neno. Adiós. *(Mutis.)*

ESCENA II

FARRUQUIÑA. Luego, CAIFÁS, *un chiquillo de greñas alborotadas y que sólo exagerando se puede decir que va vestido.*

CAIFÁS.—*(Asoma la cabeza, rompiendo un papel de los que sustituyen algunos cristales.)*—Muy felices días.

FARRUQUIÑA.—*(Asustada.)*—¡Ay! ¡Jesús!

CAIFÁS.—No se asuste, que soy yo.

FARRUQUIÑA.—¡Ya me rompiste otro papel, condenado Caifás!

CAIFÁS.—¡Es por la finura de saludarla, doña Farruquiña!

FARRUQUIÑA.—¡Deja que te coja cerca de mi palo!...

CAIFÁS.—Por eso no dejo.

FARRUQUIÑA.—¡Vete de ahí, pillo, granuja, que mejor nombre que el de Caifás no te lo pondrán nunca!

CAIFÁS.—¿Entonces no quiere la noticia que le traigo?

FARRUQUIÑA.—¡Ay!... ¿Traes noticia?

CAIFÁS.—Sí, señora.

FARRUQUIÑA.—¡Pues ya pudiste darla por la puerta!

CAIFÁS.—Me cogió más cerca por aquí..., y como me dijeron que de prisa...

FARRUQUIÑA.—¡Bueno! ¡Bueno! ¿Qué hay?

CAIFÁS.—Que ahora mismo, en la Plaza, se le rompió a doña Matilde una botella de aguardiente de caña.

FARRUQUIÑA.—¿Y qué?

CAIFÁS.—Como sé que a usted le gusta, *vengo decírselo,* por si quiere ir a dar unas lametadas en el suelo.

FARRUQUIÑA.—¡Judas! ¡Más que Judas!

CAIFÁS.—¡Que es gratis, tía Farruquiña!

FARRUQUIÑA.—*¡Lástema* de Herodes que te comiera vivo!

CAIFÁS.—¡Desagradecida!

FARRUQUIÑA.—*(Cogiendo un palo.)*—¡Ajuarda! ¡Ajuarda!...

CAIFÁS.—¡Otro día me pegará, que hoy aun me quedan más recados que hacer! Dispense, ¿eh?... *(Escapa.)*

FARRUQUIÑA.—¡Vete!... ¡Y el diablo te había de llevar, que no estará el pueblo tranquilo mientras tú lo pises, condenado! Dios me perdone lo que digo, pero esta granujería le hace a uno hablar mal sin querer...

ESCENA III

FARRUQUIÑA. Por foro, MARICELSA.

MARICELSA.—Buenas tardes sean para todos...

FARRUQUIÑA.—¡Hola, Maricelsa! ¿Y qué viento te trajo por aquí?

MARICELSA.—Viento de amistad, porque cuando *Cicilio* iba para el monte dióme los buenos días..., y el mocerío, ya se sabe, hasta de un saludo saca partido. Y hablando, hablando, me contó que usted ya no metía los brazos en el agua que no se resintiera del *rouma.*

FARRUQUIÑA.—*Verdá es.*

MARICELSA.—Mañana tengo yo colada..., y pensé: "Pues... ningún trabajo me cuesta preguntar a Farruquiña si hay algo suyo que lavar..., que por darle jabón a unas prendas más no se me caerán los brazos de fatiga."

FARRUQUIÑA.—¡Dios te lo pague, mujer!

MARICELSA.—Con voluntad se lo digo. Agora, usted verá...

FARRUQUIÑA.—Agradecida. ¿Quieres un gotín de caña? ¿O de café?...

MARICELSA.—De nada, que lo hago sin ningún aquel del interés.

FARRUQUIÑA.—Más mérito tienes y más demuestras el buen corazón, Maricelsa. Voy sacar la ropa. *(Mutis izquierda.)*

ESCENA IV

MARICELSA. Por foro, CECILIO, *chaqueta al hombro, despechugado y con una gran vara.*

CECILIO.—*(Riendo.)*—¡Buenas, Maricelsiña!

MARICELSA.—Buenas, *Cicilio.*

CECILIO.—Bien despacio quería venir yo del monte, pero las piernas, más listas que yo, me arrempujaban a correr. ¡Anda, bobo; aligera el andar, que en casa te aguarda la gloria!

MARICELSA.—¿Qué gloria, tú?

CECILIO.—¡Mucho te gusta el regalado de los oídos!

MARICELSA.—¿Y a quién no?

CECILIO.—Tienes razón.

MARICELSA.—Que si las palabras dulces no sirven para recrearnos los oídos..., ¿para qué sirven entonces las palabras dulces, *Cicilio?*

CECILIO.—¡Otra vez tienes razón! ¡Ay! ¡Qué gusto, Maricelsa!

MARICELSA.—¿De qué?

CECILIO.—Ya lo sabes, pero te lo callas, ¿eh?

MARICELSA.—*(Apartándole.)*—¡Párate quieto, bobón!... Y di por qué es el gusto.

CECILIO.—Pues... ¡Luego no digas que empiezo con malicias!

MARICELSA.—Agora no se trata de malicias.

CECILIO.—¿Pues cuándo?

MARICELSA.—Nunca.

CECILIO.—Ese nunca no te salió del cesto de las verdades, sino de ahí nada más. *(Señalando los labios.)*

MARICELSA.—¡No toques, *Cicilio,* que te condenas!

CECILIO.—*Condanado* ya estoy con verte siempre de lejos.

MARICELSA.—¡Qué embustero! ¿Y no me tienes al lado?

CECILIO.—¡Pues eso aun es lejos, mariposiña!

MARICELSA.—*¡Cicilio!*

CECILIO.—¡Ay! ¡Qué gusto, Maricelsa!

MARICELSA.—¡Mira que escapo!

CECILIO.—Entonces no sabes de qué es.

MARICELSA.—¡Pues dilo, *hom!*

CECILIO.—De ver que revientas dentro del justillo, de ver esos labios como cerezones, y de ver esa cara, más sabrosa que manzana tabardilla.

MARICELSA.—¿Y quién te lo dijo? Que tú no la probaste.

CECILIO.—Probé.

MARICELSA.—*¡Mintira!*

CECILIO.—Y me quedó el sabor en la boca desde aquella noche que soñé contigo.

MARICELSA.—¿Fué un soñar?

CECILIO.—¡Pero mismo diríase que era la verdad misma!

MARICELSA.—¿Y qué soñaste?

CECILIO.—Cousas galanas.

MARICELSA.—¡Dilas! ¡Dilas!...

CECILIO.—Verás. Era *noite* cerrada, sin luna y sin estrellas... *¡Noite* negra, Maricelsa! *Eu* volvía del monte, cansado e solo..., cuando en esto, rebrillan unos ojos..., ¡e *sáleme* un lobo!...

MARICELSA.—¡Ay!

CECILIO.—Y tras d'aquel..., *¡outro lobo!*

MARICELSA.—¡Ay! ¡Qué espanto!

CECILIO.—Tiro de vara, vóime para ellos..., y como rayos escapan monte arriba.

MARICELSA.—¡Gracias a Dios!

CECILIO.—*(Deteniéndola.)*—Pero no te vayas tú, porque van volver ellos.

MARICELSA.—*(Arrimándosele.)*—¿Vuelven?

CECILIO.—Vuelven. Cinco minutos llevaría andados, cuando oigo: ¡Ahu!... ¡Ahu!... ¡¡Ahu!!

MARICELSA.—¡La lobada!

CECILIO.—Entera. ¡Más de veinte!

MARICELSA.—¡Jasús!

CECILIO.—Les ardían los ojos como candelas de colores; traían el rabo fosco y los pelos en punta, como de erizos, y la lobada a una venía aullando: ¡Ahu! ¡Ahu! ¡Ahu!

MARICELSA.—¡Ay, pobriño!

CECILIO.—Tiro de vara..., y mato uno..., mato dos...; pero los otros me clavaban ya las dentelladas por el cuerpo.

MARICELSA.—¡Ay, madre!

CECILIO.—Cuando en esto, por la verediña de unos castaños, te me apareciste tú, guapa y galana.

MARICELSA.—¿Seguro de que era yo?

CECILIO.—Seguro.

MARICELSA.—¡Ay que bien!

CECILIO.—Y los lobos, al verte, se cambiaron en mansísimos corderos...

MARICELSA.—¡Ay que bien!

CECILIO.—Del gran susto que pasé corríame un sudor frío por la cara, y tú, con esas manos de virgen, íbaslo limpiando poco a poco. Así..., así... *(Con la mano de ella va limpiándose la frente.)* Y yo, de agradecido, cada vez que lo hacías, besaba tu mano santa y caritativa. Así..., así...

MARICELSA.—¿De agradecido?

CECILIO.—Nada más.

MARICELSA.—¿Sin malicia?

CECILIO.—Ninguna.

MARICELSA.—Entonces, sigue.

CECILIO.—Pues sigo. Así..., así...

MARICELSA.—¿Y después?

CECILIO.—Después... íbamos andando..., andando. Había ya estrellas y había luna. Olían los maizales y las pomaradas, y el aire del monte se refrescaba entero con el rocío que bajaba y el vaho de las hierbas olorosas que subía... "Tengo sed", te dije; y tú, brincando al ribazo, te agachaste para coger el agua...; pero el agua te cogió a ti, llevándote prado adelante, y tú con ella, riendo siempre, siempre riendo... Corrí leguas y leguas, persiguiendo al agua, que reía con tu risa, y muriéndome yo de sed...

MARICELSA.—¿Y al fin?...

CECILIO.—Al fin..., púseme de rodillas delante del regato, y cuando posaba los labios en el agua, del agua salían tus labios al encuentro de los míos, y sin beber me consolaba de la sed, porque en tu boca bebía amores, que son más dulce bebida, Maricelsa...

MARICELSA.—¡Qué ha de ser, bobón!

CECILIO.—¿Probamos a qué saben?

MARICELSA.—¡Ay! ¡No!

CECILIO.—¿Probamos, luceriño? Y si probando no te presta..., ¡palabra que no te molesto nunca más!

MARICELSA.—No, no...

CECILIO.—¡No tengas mal corazón!... Anda, uno... y como en sueños.

MARICELSA.—En sueños no tiene uno culpa de lo que pasa; ¿verdad?

CECILIO.—Ninguna.

MARICELSA.—Entonces...

CECILIO.—¿Entonces?

MARICELSA.—*(Cerrando los ojos.)*—Ya duermo, *Cicilio*...

CECILIO.—¿Lo robo?

MARICELSA.—¿Yo qué sé lo que haces? ¡Si agora no me entero, bobón!

CECILIO.—*(Abrazándola.)*—¡¡¡Ahú!!!

MARICELSA.—Y deja ir ya, que *voume* con el agua prado abajo...

CECILIO.—Con el agua vas, pero con el amor también, porque yo te lo llevo, Maricelsiña...

(Mutis por foro, lentamente y abrazados.)

ESCENA V

FARRUQUIÑA, por izquierda.

FARRUQUIÑA.—*(Con un hatillo de ropa.)*—¿Marchou? *(Corre a la puerta. Riendo.)* Esto debía yo saberlo de cuando moza. Las que empiezan conversación con la abuela, la acaban siempre con el nieto... ¡Es natural, Señor! ¡Es natural! Bueno..., nos quedaremos sin colada. Es decir, me quedaré yo, que la Maricelsa bien colada va... *(Deja el hatillo y prepara la mesa. Sonriendo.)* ¡Es lo natural, Señor! ¡Es lo natural! ¡Qué bien haces, Dios, cuando haces la primavera y la juventud!... Después, cuando haces el invierno y la vejez, ya no eres tan generoso, Dios; ¡ya no lo eres!... *(Queda un instante absorta.)*

ESCENA VI

FARRUQUIÑA. Por foro, CECILIO.

CECILIO.—Buenas, abuela.

FARRUQUIÑA.—A las buenas. Ya te vi con quién ibas.

CECILIO.—Con el amoriño.

FARRUQUIÑA.—Pero eso no puede ser, que no es nadie para ti esa rapaza.

CECILIO.—Es tanto como yo, porque la quiero.

FARRUQUIÑA.—Pero no tiene donde caerse muerta, y tú llevas la Posada, y tierras tuyas, y el carro, y los bueyes...

CECILIO.—Onzas de oro llevó la Anselma cuando casó con Roque..., y un día cogió las onzas y se escapó con el maragato aquél.

FARRUQUIÑA.—Eso es verdad..., y le estuvo bien feo lo de escaparse con las onzas.

CECILIO.—Sí, señora. ¿Tengo yo para los dos? Pues basta que ella traiga cariño y voluntad. ¡No puedo vivir sin ella, abueliña!

FARRUQUIÑA.—Bien viviste hasta hoy.

CECILIO.—Porque la veía sin verla; pero desde que la vi con ojos de amor, ya la veo en todas partes, que a veces, en el monte, levanto el *sacho* para cortar el tojo..., y no me atrevo a cortarlo porque entre pinchos y flores me parece que rebrinca su cariña meiga..., y no quiero hacerle daño ni a la sombra de su recuerdo.

FARRUQUIÑA.—¡Ay! ¡Qué rapaces estos! ¡En seguida se remontan cielo arriba! Anda, anda, vamos comer, que traerás hambre.

CECILIO.—¡Mucha!

FARRUQUIÑA.—Pues come.

CECILIO.—¿Dejarás casar con la Maricelsa?

FARRUQUIÑA.—Dejarei... o no dejarei. Allá veremos.

CECILIO.—¡Pues no como!

FARRUQUIÑA.—¡No seas bobo!

CECILIO.—Lo soy.

FARRUQUIÑA.—Mujeres hay muchas.

CECILIO.—*¡Mintira!* Una. Y madre, una. Y abueliña, una.

FARRUQUIÑA.—Eso sí, galán.

CECILIO.—Pues lo mismo es la Maricelsa para mí: una, que no se parece a las otras, sino a ella sola nada más. Y cuando están diez mozas reunidas, no digo que están diez, sino que están nueve... y Maricelsa, que es aparte.

FARRUQUIÑA.—¡Válgame Dios!...

CECILIO.—Como cuando estás tú en el corro, no digo que están diez mujeres, sino nueve mujeres... y la abueliña, que para mí no es mujer, ni hombre, ni piedra, ni árbol, ni tierra, ni cielo... Y lo es todo junto y todo a un tiempo, porque es eso: ¡la abueliña!

FARRUQUIÑA.—¡Calla, corazón, calla, que me partes el mío!

CECILIO.—¿Dejarás casar?...

FARRUQUIÑA.—Veremos...

CECILIO.—Dímelo...

FARRUQUIÑA.—Aún no...

CECILIO.—¡Dímelo ya, abueliña!...

FARRUQUIÑA.—Mira, no me llames abueliña, que después de lo que has dicho ya no tengo vo-

luntad de negarte... ¡Y dejo casar con esa..., y con otra..., y con las dos a la vez si te apetece!

CECILIO.—¡¡Ahu!!

FARRUQUIÑA.—Bueno; come las sopas.

CECILIO.—¿Las sopas? Y la cazuela también. ¡Traiga, abueliña, traiga! *(Y se pone a comer como una fiera.)*

FARRUQUIÑA.—¡Válgame Dios..., y qué hambre da eso del amor!

ESCENA VII

DICHOS. VILLASELÁN, por foro.

VILLASELÁN *(un viejo ciego)*.—Ave María Purísima.

FARRUQUIÑA.—Sin pecado concebida.

CECILIO.—¿Eres tú, Villaselán?

VILLASELÁN.—Soy yo..., y no soy yo, que cada día soy menos lo que era.

CECILIO.—*(Guiándole.)*—Pasa, hombre. ¿Quieres comer?

VILLASELÁN.—Gracias. Vengo comido. Si dan algo para guardar...

CECILIO.—Sí. *(Corta un buen pedazo de pan.)*

FARRUQUIÑA.—¿Y beber no quiere?

VILLASELÁN.—Bueno.

FARRUQUIÑA.—¿Agua?

VILLASELÁN.—¡Ay! No, señora. En tierra de cristianos a eso no se llama beber.

CECILIO.—¿Vino, entonces?

VILLASELÁN.—Para el vino siempre hay sitio. Venga. Y avíseme dónde he de parar...

CECILIO.—*(Que le dió la jarra.)*—Donde quieras.

VILLASELÁN.—Gracias. ¡Remonta el condenado, remonta!

FARRUQUIÑA.—¿Y cómo es que andas solo?

VILLASELÁN.—¡Ay!...

FARRUQUIÑA.—¿Qué hiciste del perro?

VILLASELÁN.—¡Ay! Catorce años sin apartarnos, llevándome a fiestas y a *romarías* por ese camino de Dios. ¡Cuánta niebla y cuánta lluvia cayó sobre nosotros! Partía mi pan con él, y mi alma también la partía, que hablar y querer es dar el alma, y yo le hablaba y le quería como si fuera un hijo.

FARRUQUIÑA.—Mucho era...

VILLASELÁN.—¿Mucho? No, señora. Poco aún, que lo era todo para mí. Pero el pobre hízose viejo, dióle reúma en las patas y ya cada paso era un ladrido... ¡Pero qué ladridos, Virgen Santa! Como un cristiano se quejaba el pobre *Nín*..., y a mí me dolía en el alma su dolor.

CECILIO.—Claro que sí.

VILLASELÁN.—Y de aquella pensé en dejarlo en casa de la Maruja, la de la Tapia, que tiene buen corazón... para los animales, se entiende. Ajusté la estancia en lo que entendimos de razón..., y despedíme. ¡Pero habían de ver al po-

bre *Nín!*... Ladraba, que era como hablarme; me lamía, que era como besarme; y al fin hizo presa en mis ropas con sus dientes, que era como decirme: "¡Si yo fuera el más fuerte, nadie nos separaba, ingrato Villaselán!"

FARRUQUIÑA.—¡Pobriño!...

VILLASELÁN.—Hubo que atarlo..., y salí, no marchando, sino huyendo... Pero no podía de pena, y a la semana volví a buscarle. La noche que llevo metida en los ojos y no me deja andar sin que me guíen, se hizo día claro para volver, y veía el camino de la vuelta como si yo mismo fuera el Sol... ¡Y cuando llegué, díjome la Maruja que lo dejara escapar, porque se pusiera como loco!

VILLASELÁN.—Tres días llamándole a gritos: *¡Nín!... ¡Nín!...* ¡Meu *Nín!*... Hasta que me contaron que unos rapaces lo fueron corriendo a pedradas y dieron fin suyo porque estaba rabioso. ¡Rabioso el meu *Nín,* que era la bondad y la mansedumbre en cuatro patas! Catorce años sin apartarse de mí... Ni que le acariciaran, ni que le dieran golosinas, ni que le pasara una perra por delante..., ¡que hasta esa virtud tenía! ¡Conmigo siempre, conmigo!

FARRUQUIÑA.—¿Y ahora?

VILLASELÁN.—Ahora voy en busca de un rapaz que me proponen para lazarillo... Un tal Caifás.

FARRUQUIÑA.—Me alegro. ¡Así habrá cristales por el pueblo!

VILLASELÁN.—Pero no me servirá como el *Nín,* no. Yo me creía el más miserable de todos los miserables de la tierra..., ¡y no, señora, no! Siempre hay una miseria más para ponerla sobre todas las miserias que uno tenga... Y el viejo, el pobre, el ciego, no le pide cuentas a Dios de su vejez, ni de su ceguera, ni de su pobreza, y en cambio le pregunta desconsolado: ¿por qué me quitaste el perro, Señor? ¿Por qué?

FARRUQUIÑA.—Paciencia, Villaselán...

VILLASELÁN.—Ya la tengo, ya sé que por fuerza la he de tener; pero la razón de por qué me lo quitaran, no la sé..., ¡no la sé!..., ¡¡no la sé!!... *(Mutis por foro.)*

ESCENA VIII

FARRUQUIÑA y CECILIO.

FARRUQUIÑA.—Nadie sabe la razón de nada en este mundo... ¿Por qué vivo yo y se fueron tus padres, cuando la ley natural es al contrario? ¿Por qué llueve cuando el trigo, que no quiere agua, y hay sequía con el maíz, que siempre tiene sed? ¿Por qué te enamoras y te prendes tú de la que menos vale en el lugar?

CECILIO.—*(Que ha recogido la mesa.)*—Estará mandado en algún libro del cielo.

FARRUQUIÑA.—¡Puede!

CECILIO.—Que yo para enamorarme no fuí

buscando la más guapa, ni la más pobre, ni la más nada... ¡Me enamoré!... Y luego vi cómo era de las demás cosas que no son el amor. Salió pobre... ¡Bueno! Que de la pobreza la quito yo..., y a ella del corazón no me la quita nadie.

FARRUQUIÑA.—Bien, hombre, bien.

CECILIO.—Y acuérdese, abuela, que es pecado muy grande el querer averiguar lo que está de Dios que no sepamos.

FARRUQUIÑA.—Dices bien, galán.

CECILIO.—¿Es tiempo de agua? Pues a mojarse. ¿Es tiempo de querer? Pues a quererse. Y aquí paz y después gloria.

FARRUQUIÑA.—Los que vais de cara a lo bueno *de* seguida os conformáis con el tiempo. En fin, ¡por muchos años!

CECILIO.—Contigo... y con lo que venga, que voy a darte diez nietos.

FARRUQUIÑA.—*(Riendo.)—¡Jasús!*

CECILIO.—¡Y diez nietas!

FARRUQUIÑA.—*(Espantada.)*—¡Ni lo digas!

CECILIO.—¿Por qué no? Holgazán no fuí nunca para nada.

FARRUQUIÑA.—Bueno, bueno. Ya será lo que Dios quiera.

CECILIO.—Eso contándolo siempre lo primero.

ESCENA IX

DICHOS. CONSTANZA y CLARA, *sin sombrero y con sombrillas.* CLARA *recoge la de* CONSTANZA, *y mutis por escalera.*

CONSTANZA.—Estáis alegres, ¿eh?

CECILIO.—Hay contento, sí, señora.

FARRUQUIÑA.—¡Claro! Me sacó la palabra de sus deseos... ¡Y así anda por largo la alegría!

CECILIO.—*(Abrazándola.)*—Mucho te adoraba yo solo, pero ahora que van a quererte dos, tendrás que ensancharte el pecho para guardar tanto cariño.

FARRUQUIÑA.—¡Aparta de ahí, aparta! Y permita la Virgen Santísima que alguna vez me trates mal.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¿Y para qué pides ese disparate, Farruca?

FARRUQUIÑA.—¡Para negarle entonces algo, que es mucho hacer de mí lo que le da la gana siempre!

CONSTANZA.—¿Y con zalamerías no puedes negarle nada?

FARRUQUIÑA.—No puedo, no, señora..., que en manos de un rapaz que nos acaricia, los pobres viejos somos limones estrujados..., y que aún están rogando a Dios que los estrujen más todavía, si ha de ser de esa manera tan dulcísima.

CECILIO.—Tan dulcísima..., ¡y te falta medio dedo para echar una *lájrima!*

FARRUQUIÑA.—¡De rabia, *larpeirón!*

CECILIO.—Pues voy a darte *midicina. Eu tamén receto,* doña Constanza.

FARRUQUIÑA.—¿Ti?

CECILIO.—Vas ver. Pildoriñas del buen curar, para uso de las abuelas. *(Besándola.)* Una, *duas,* tres...

FARRUQUIÑA.—¡Quita, sobón, quita!

CECILIO.—Si quieres más, *voume* a la botica por ellas.

FARRUQUIÑA.—Con tal de que te vayas, cualquier cosa.

CECILIO.—*(A Constanza.)*—¿Mándame algo?

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Nada, hombre, nada.

CECILIO.—Pues *salú... (Mutis.)*

ESCENA X

CONSTANZA y FARRUQUIÑA.

FARRUQUIÑA.—¡Son endiablados estos rapaces!...

CONSTANZA.—¿Y te molesta?

FARRUQUIÑA.—¡Es que se pone como un pequeñín de la escuela!

CONSTANZA.—Lo mismo. Pero cuanto más fuertes son, cuanto más seguras estamos de que con un soplo nos derribarían..., ¿no es verdad que nos

llega más al alma el ver que se empequeñecen y se aniñan voluntariamente con nosotras?

FARRUQUIÑA.—Conmigo, sí, señora. Y cuando hace de neno y se me sienta en el regazo—¡que me parte las rodillas, señora!..., y me da mucho gusto también—, y me dice: "Cuéntame un cuento, abuela", yo no sé más cuento que el de besarle..., y entonces, si lo que quiere es de buscar, ya estoy yo buscándolo por los suelos; y si lo que quiere es de pedir, se lleva hasta la casa..., y a mí con ella.

CONSTANZA.—Es lo natural.

FARRUQUIÑA.—¡No saben bien los hijos la fuerza que manda el no ser fuertes con los padres!... Chocheo un poco, pero hay que disimularme, porque lo tengo todo en ese nieto..., como usted lo tiene en su Medicina.

CONSTANZA.—Todo.

FARRUQUIÑA.—¡Es precioso eso de curar!

CONSTANZA.—Precioso..., si la profesión no tuviese el calvario de la carrera, especialmente para una mujer. Aquellos compañeros..., que no todos quieren ser compañeros. Aquellos profesores..., que no todos son indulgentes. Aquellos exámenes pavorosos y absurdos..., y aquel anfiteatro... ¡Ay! ¡Aquel anfiteatro horrendo!

FARRUQUIÑA.—¿Tienen teatro los médicos?

CONSTANZA.—Sí...; sólo que el escenario es una mesa de mármol, y las comedias de allí se escriben con el bisturí.

FARRUQUIÑA.—¡Calle! ¡Calle!

CONSTANZA.—Y luego, sobre la impresión material, la impresión tremenda del espíritu al convencerse de que en aquellas vísceras, en el corazón, por ejemplo, no hay más que músculos y fibras...; pero nada, ni sitio siquiera, para haber guardado allí ningún amor.

FARRUQUIÑA.—¡No diga eso!

CONSTANZA.—¡Convencerse, Farruquiña, cuando una lleva arraigada todavía las candideces de muchacha y las exaltaciones románticas de mujer!

FARRUQUIÑA.—Ese convencerse es una bobería, de las muchas boberías que dicen los sabios. ¿Que el amor no está en el corazón de los muertos?... ¡Bueno! Pero está en el de los vivos, ¡que es en donde hace falta, señora!

CONSTANZA.—Tienes tú más razón que la Facultad de Medicina.

FARRUQUIÑA.—En eso, desde luego. Y usted no lo puede negar, que corazón tiene cuando hace tanta caridad, y bien de corazones encuentra en los demás, cuando tantos la queremos.

CONSTANZA.—*(Abrazándola.)*—¡Tienes razón, Farruca!

FARRUQUIÑA.—Pues si tengo razón, ya está dicho todo... Y voy a ver si tienen ustedes la cena, que también es de razón. *(Mutis.)*

ESCENA XI

CONSTANZA y CLARA, que baja.

CLARA.—Se retrasan hoy los contertulios...

CONSTANZA.—No te apures, que no faltarán; pero cuidado con desearlos de más.

CLARA.—No hay cuidado. Que el Marquesito me ronde un poco no quiere decir sino que aquí le falta distracción, y que una señoritinga de Madrid le pareció compañía agradable para el solaz del veraneo.

CONSTANZA.—Entendiéndolo así, no hay reparo que ponerle.

CLARA.—Nada más que así. Medianías no quiero; grandezas, no puedo; ya sé que esta preciosidad de mi persona se ha de quedar para vestir imágenes.

CONSTANZA.—Y para tu arte, para tus cuadros.

CLARA.—También. ¡Pero es una fatalidad la de mi memoria! Nunca me acuerdo de que soy una gran artista.

CONSTANZA.—No lo eres aún, pero seguramente...

CLARA.—Consuélame, sí. Demasiado me conozco. Una mujercita del montón, que ni enloquezco ni asusto; y una pintora que ni fu ni fa..., aunque a mis cuadros todos les hacen fu.

CONSTANZA.—Estás empezando, mujer.

CLARA.—Eso. Estoy empezando a reventarme. ¡Bueno! ¡Dios dirá!

ESCENA XII

DICHAS. PERFECTO, SANTIAGO y GUILLERMO.

GUILLERMO.—¿Se puede?

CLARA.—Adelante, y buenas tardes.

SANTIAGO.—¿Cruzada de brazos?

CONSTANZA.—Sí, señor. Llevé unos años de muchísima pelea, y estos dos meses los dedico al bienaventurado reposo, a no hacer nada, a no pensar en nada y a no preocuparme por nada.

SANTIAGO.—Pues indicadísimo estuvo para eso mi amado pueblo de Peneireiros. Aquí no se recuerda que nadie haya pensado jamás en nada. Nacemos, crecemos, nos casamos para que no digan..., y algunos para que digan..., y luego nos morimos todos. El emigrante que va y el indiano que vuelve. Y como esta es toda la historia de mi pueblo, bien podemos decir que mi pueblo no tiene historia..., ni falta que le hace.

CLARA.—Eso venimos buscando: paz y sosiego.

GUILLERMO.—Paz, cuanta quieran; sosiego, no sé por qué ya corre la voz de los méritos de Constanza.

CONSTANZA.—Muchas gracias a quien tenga esa amabilidad, pero no pienso ejercer aquí. Vengo a

descansar..., ¡a descansar! ¿Lo oyen ustedes? Pues díganlo, y que acudan al médico del pueblo.

PERFECTO.—Es que no lo hay.

CONSTANZA.—¿Cómo que no? ¿Y don Fernando?

PERFECTO.—Ese no es un médico: es un portero de la Facultad de Medicina. ¿Se puede levantar el enfermo? Nueve baños de mar. ¿No puede levantarse? Que guarde cama. ¿Tose? Leche de burras. ¿No tose? Mejor para él. Y cruzado científicamente de brazos, aguarda a que la Naturaleza resuelva lo que tenga por conveniente.

CONSTANZA.—En muchas ocasiones no hacemos todos otra cosa... ¡¡Pero en algunas es criminal el no hacer algo, que hoy no se debe enfermar de la viruela, hoy no se debe morir ninguna criatura de la difteria!!... *(Reprimiéndose bruscamente.)* Y perdonen ustedes mi exaltación, pero la idea de que mueran los que son facilísimos de salvar me desconcierta y me horroriza.

GUILLERMO.—Con razón.

SANTIAGO.—Si sabe usted eso, no va usted a saber negarse cuando la busquen.

CONSTANZA.—¡Qué remedio! Se trata de mi propia salud.

GUILLERMO.—Cierto que ha de ser un poco de sacrificio, pero, en cambio, la idea de haber salvado una vida la compensará de muchas molestias.

CONSTANZA.—¡Eso sí! El momento en que se

le dice a una madre: "Llora, pero llora de alegría, porque tu hijo está fuera de peligro...", nos indemniza muy cumplidamente de todos los esfuerzos... y aun de todas las mezquindades. Ver a la madre, pálida y exangüe, que la angustia no la deja vivir; ver aquellos ojos, desmesuradamente abiertos, que nos acechan, queriendo leer en nuestros gestos una impresión que pueda ser una esperanza; ver aquel pedacito de amor hecho carne, que ella ha cubierto de besos tantas veces y que muy pronto lo cubrirá la tierra solamente; pensar que ya no sonará más aquella voz, que antes atronaba con júbilo de pájaros; que aquellas manos, un día gordezuelas y ahora tremendamente afiladas y translúcidas, no animarán nunca más los juguetes esparcidos sobre la cama, y que, olvidados e inmóviles, parece que ellos también se van muriendo poco a poco... ¡Ver eso! Y de pronto, en aquella agonía total de los seres y de las cosas, la madre ve una sonrisa en mis labios, comprende que es una esperanza, casi una certeza..., y abalanzándose a mí como una loca me besa frenéticamente, llamándome Dios por salvarla y santa por ser mujer... ¡Ay! ¡No! ¡¡Como ése no hay goce por el mundo!!

CLARA.—*(Abrazándola.)*—¡Constanza!...

PERFECTO.—*(Aparte, a* SANTIAGO.)—Sensiblerías... Yo no las comprendo.

SANTIAGO.—Ni nadie ha esperado que usted las comprendiera. Tranquilícese usted...

GUILLERMO.—¿Su especialidad son las enfermedades de los niños?...

CONSTANZA.—Sí.

PERFECTO.—Y después de esas emociones pasará usted la cuenta, emocionada también.

CONSTANZA.—A veces, sí, porque es mi profesión..., y a veces, no, porque esa es mi compasión.

PERFECTO.—En las veces que no, comete usted una gran tontería.

CONSTANZA.—Si no cometiera más que esa...

PERFECTO.—El que trabaja debe cobrar, que el mundo es lo que corresponde que sea: un mercado, una lonja, en donde cotizamos lo nuestro. Palabras de amor y de amistad no son más que disfraces de compra y venta, y ciencia, virtud, belleza y heroísmo son nombres de mercaderías que tienen su precio.

CONSTANZA.—Unas tienen precio..., pero otras no buscan más que premio.

PERFECTO.—Igual es. Premio, en lenguaje florido; precio, en términos comerciales y corrientes.

CONSTANZA.—No tengo interés en convencerle de la diferencia.

CLARA.—Pero yo sí. Le voy a pintar a usted un retrato, don Perfecto. Usted me lo compra, y ese es el precio.

PERFECTO.—No, señora, porque no lo pienso comprar.

CLARA.—¡Amabilísimo!... Pero yo, de todas

maneras, lo pinto, y si agrada y lo alaban, ese será el premio.

PERFECTO.—Es que si sale bonito lo compro yo.

CLARA.—¿Cómo va a salir bonito siendo de usted?... Ya verá lo que sale, ya verá.

CONSTANZA.—*(Riñendo, pero riendo.)*—¡Clara!...

SANTIAGO.—Aquí tenemos quien podrá juzgar del valor de su pintura, que también es un artista, un excelentísimo escultor.

GUILLERMO.—No lo crean: un pobre picapedrero.

CLARA.—Pero eso no es humildad, amiguito; es orgullo, que picapedrero se llama a sí mismo el gran Mariano Benlliure.

GUILLERMO.—¡Dios me libre de compararme al Maestro!

SANTIAGO.—Hace cosas muy lindas. A la iglesia del pueblo le regaló una Dolorosa... ¡magnífica! Pero quitaba la devoción de las buenas devotas, porque reprodujo a la modelo, a Minguxa, la hija de la tabernera, con tal exactitud, que la gente dió en llamarla Santa Minguxa..., y el cura tuvo que desbendecirla y arrancarla del altar.

GUILLERMO.—Ya ven ustedes si fuí torpe...

CONSTANZA.—Al contrario. El error único fué el colocarla donde conocen tanto a la modelo.

SANTIAGO.—Si son aficionadas a objetos de ar-

te, han de ir a casa de la Marquesa, que es un verdadero museo.

GUILLERMO.—Cuando gusten, que mi madre se complacerá en recibirlas.

SANTIAGO.—Nobleza rancia y fortuna grande, aunque los administradores tiraron a degüello... y éste también.

CLARA.—¿Calavera?...

GUILLERMO.—¡No!

SANTIAGO.—Puntualizaremos. Ahora formalito, pero se pasó siete años por el mundo adelante.

GUILLERMO.—Navegando. Es mi pasión el mar..., pero murió mi hermano, se quedó sola mi madre... y sacrifiqué mis entusiasmos por hacerle compañía.

CONSTANZA.—Eso le honra a usted.

SANTIAGO.—Y hoy pica piedras cuando hace mal tiempo y se lanza al agua en su balandro los días buenos.

GUILLERMO.—Parodia del viajero que se acurruca en una cáscara de nuez y sueña en el mar abierto sin alejarse de la playa...

PERFECTO.—Cuando herede se comprará un trasatlántico.

GUILLERMO.—No sea bruto, don Perfecto.

CLARA.—*(Ap., a* GUILLERMO.)—No le pidas imposibles, Guillermo.

PERFECTO.—¿Y por qué no lo comprará, si se le antoja? Por aquí abajo todo es cuestión de ochavos.

CONSTANZA.—Todo, no.

PERFECTO.—¡Todo! Y yo soy un ejemplo viviente. Al principio de mi vuelta intentaron reírse un poco de mí eligiéndome presidente de un casino que no había..., pero yo me reí más, porque hice el casino—sesenta mil pesetas de casino—, y ya lo hay; ya soy presidente de veras, y a mí tienen que acudir para todas las fiestas y reuniones.

CONSTANZA.—Eso es resolver las cosas.

PERFECTO.—Este invierno iniciaron una suscripción para levantarme una estatua con cuotas de a cincuenta céntimos, para que fuera eminentemente popular. ¿Otra bromita, eh? Pero bueno soy yo para las bromas..., y la suscripción ya está completa. La completé yo: veinte mil duros de estatua... Y vamos a ver quién ríe más.

CONSTANZA.—¡Admirable!

PERFECTO.—Y el día que se descubra, ¡ya verán ustedes festejos y rumbo!

CONSTANZA.—Y veremos a la estatua lo que no vemos en usted nunca.

PERFECTO.—¿El qué?

CONSTANZA.—Descubrirse.

PERFECTO.—En una posada...

SANTIAGO.—Está acostumbrado a su santísima voluntad.

PERFECTO.—Para desquitarme de cuando no hice más que la de otros.

SANTIAGO.—Y hoy que puede...

PERFECTO.—¡Puedo! Para algo soy el más rico del pueblo.

CLARA.—¿El más rico del pueblo?

PERFECTO.—Sí, señora.

CLARA.—*(Ap. a* GUILLERMO.)—Ya tengo asunto para un cuadro local...

PERFECTO.—Y por consecuencia soy el amo.

CONSTANZA.—¿Nada menos?

PERFECTO.—Nada menos. Y a mi capricho se hace todo. ¿Que es día de vigilia y a mí no me acomoda que lo sea...? Pues no lo es, porque al amanecer compro todo el pescado que traigan las barcas... ¡y ya no es día de vigilia!

CONSTANZA.—Una idea maravillosa.

SANTIAGO.—Suya. Con eso está hecho el elogio.

PERFECTO.—Por mandar, hasta en el almanaque. ¿Es día de fiesta? No quiero yo, y es día de trabajo. Pago a duro—o a dos duros—la hora de jornal... ¡y trabaja todo Dios!

SANTIAGO.—Exactísimo. Tanto, que el señor cura ya va todos los sábados a preguntarle: "Don Perfecto, ¿nos permite usted que mañana sea domingo?"

PERFECTO.—¿Soy el amo?

CONSTANZA.—Evidente. Y además, por las señas, merece usted serlo. ¿Y esa salud, Guillermo?

GUILLERMO.—Cada día mejor... y cada día bendiciendo más la hora en que ustedes llegaron.

CONSTANZA.—No tenía usted sino aprensión.

GUILLERMO.—Pues ya es bastante el habérmela quitado.

CONSTANZA.—Nada.

ESCENA XIII

DICHOS. FARRUQUIÑA, del interior. Luego, por foro, MARICELSA, DOLORIÑAS y CECILIO.

FARRRUQUIÑA.—¿No querrán la cena hasta las diez, verdad?

CLARA.—No.

CECILIO.—*(Desde la puerta.)*—Abuela...

FARRUQUIÑA.—*(Yendo a traerla.)*—Ven, coitadiña, ven...

MARICELSA.—Ahí la tienes, que ésa es.

FARRUQUIÑA.—¿Y cómo dejas al rapaz?

DOLORIÑAS.—A peor, que nunca vi mal que tan fiero se anunciara...

CONSTANZA.—¿Qué pasa?

DOLORIÑAS.—¡Que se me muere o neño, señora...! Y ni por ir descalza a San Román del Monte, ni porque arrodillada di tres vueltas a la ermita, ni porque le pusimos unto de raposa..., ni por nada salva, por nada.

CONSTANZA.—El médico, ¿qué dice?

DOLORIÑAS.—No dice cosa ninguna...

CONSTANZA.—¿Con qué le curan, entonces?

DOLORIÑAS.—Con la bondad divina... Con besos míos... Con mi calor de madre...

CONSTANZA.—*(Impaciente.)*—Bien, bien. Pero medicinas..., ¿qué medicinas?

DOLORIÑAS.—Ninguna... Paños muy calientes...

CONSTANZA.—¡Ay, Dios! ¿Pero qué tiene ese muchacho?

GUILLERMO.—Eso que ha dicho usted antes de que no se debe morir nadie: la difteria.

CONSTANZA.—¡Ay, Dios!

CLARA.—*(Cogiéndola y suplicante.)* — Constanza...

DOLORIÑAS.—Y agora empeoró, que está el pobrino con las manos así, en el cuello, y amoratado, amoratado...

CLARA.—¡Constanza!

CONSTANZA.—Trae el suero y el botiquín... ¡Ligera, ligera! *(Mutis* CLARA.)

FARRUQUIÑA.—¿Le va a salvar?

CONSTANZA.—Voy a intentarlo.

DOLORIÑAS.—¡Ay, galán de mi vida! ¡Ay, corazón de mi alma, que te van curar!

CONSTANZA.—Pero usted se queda aquí mientras nosotras vamos.

DOLORIÑAS.—Aquí, sí, señora... Y así... *(Juntando las manos como en oración.)*

CONSTANZA.—Mírelo bien, don Perfecto. Eso..., eso..., eso no es precio. Es premio. ¿Empieza a enterarse de la diferencia?

PERFECTO.—Sí...

CONSTANZA.—Y aunque uno venga a descansar..., ante una cosa así, no se descansa. ¡Hay que

disputarle los pobrecitos niños a la muerte! Y esto, esto, tampoco tiene precio.

PERFECTO.—No...

CONSTANZA.—Si acaso, tendrá premio.

PERFECTO.—Claro, claro...

ESCENA XIV

DICHOS. Por foro, VILLASELÁN, *trayendo atado, de lazarillo, a* CAIFÁS.

VILLASELÁN.—A despedirme vengo, que para los caminos voy. ¿Quieren recado de alguna cosa por el mundo?

FARRUQUIÑA.—Ninguna, gracias. Que la Virgen le *dea* suerte.

VILLASELÁN.—Para todos sea dada. ¡Anda! Vámonos, *Nín.*

CAIFÁS.—¡¡Yo no soy un perro!!

VILLASELÁN.—*(Levantando el palo.)*—¡Si no andas, llevas! Un poco se ha rebelado, pero al fin comprendió pronto la santa obediencia.

CAIFÁS.—¡Ay de mí, que se acabaron los juegos y las alegrías!

VILLASELÁN.—¡Anda de una vez, que para algo me costaste siete pesos!

CONSTANZA.—Hay que disputarle los pobrecitos niños a la muerte; pero hay que disputarles también los pobrecitos niños a la vida. La medicina aquí es dinero... ¡Sálvelo usted, don Perfecto, sálvelo!

PERFECTO.—A mi nadie me salvó.

CONSTANZA.—Como si fuera para un casino..., como si fuera para una estatua... Haga usted una caridad figurándose que es una broma más.

PERFECTO.—Esto no es broma.

CONSTANZA.—*(Volviéndole la espalda.)*—Tiene usted razón, es una infamia.

ESCENA XV

DICHOS y CLARA.

PERFECTO.—*(Cogiendo el brazo de* SANTIAGO *y sacudiéndole.)*—Por lo de infamia no paso, ¡porra!

SANTIAGO.—Allá usted.

PERFECTO.—*(A* VILLASELÁN.*)*—Los siete desquitados y tres más para comprar un perro.

VILLASELÁN.—Bueno...

(CAIFÁS *corre a abrazarse a* CONSTANZA, *y luego se coge a su falda.)*

FARRUQUIÑA.—Ve cómo sobran corazones...

CONSTANZA.—Sí, pero hay que despertarlos. Ven, Clara.

(Van saliendo, y CAIFÁS *con ellas, siempre cogido.)*

FARRUQUIÑA.—¡Dios la vea ir!

MARICELSA.—Amén.

VILLASELÁN.—*¡Nín!* Meu *Nín*... ¿Dónde estás, meu *Nín?*

DOLORIÑAS.—*(Como si meciera al niño en sus brazos.)*—¡Galán del alma, corazón querido, que te van salvar! Santa, santa, santa... *(Se arrodilla.)*

FARRUQUIÑA.—Por la vida hay mucha miseria, pero también le hay mucha grandeza...

TELON

ACTO TERCERO

Es de día, por la mañana, y a fines de septiembre.

ESCENA PRIMERA

FARRUQUIÑA, sentada, sirviendo de modelo a CLARA.

FARRUQUIÑA.—Falta mucho por lo de hoy, doa Clarita.

CLARA.—Un poco.

FARRUQUIÑA.—Es que me consumo de tanto no noverme.

CLARA.—Ten paciencia, Farruca..., que no podemos perder los días.

FARRUQUIÑA.—¿De veras se marchan?

CLARA.—A domingo estamos, y el miércoles, primero de octubre, a Madrid.

FARRUQUIÑA.—¡Qué lástima!

CLARA.—Constanza no tiene más remedio que empezar de nuevo su trabajo.

FARRUQUIÑA.—¿Y volverán para el año?

CLARA.—Quizás, porque esto nos probó admirablemente.

FARRUQUIÑA.—Ir van como rosas. Yo les gua daré la salita de arriba hasta que avisen.

CLARA.—Gracias. *(Llamando.)* ¡Cecilio!

FARRUQUIÑA.—¿Qué le quiere?

CLARA.—Para su lección.

FARRUQUIÑA.—La Maricelsa se aplica a estu diar que es un gozo..., pero el *Cicilio* le tiene má miedo a los libros que al demonio. Bueno, no tar to; pero más al domingo de *leución* que a la sema na entera de arar, si señora.

CLARA.—Ya lo veo, porque hay que llamar veinte veces.

FARRUQUIÑA.—Y no es que no le agradezca doña Constanza ese favor que les hace... ¡Es qu se le atraviesan las condenadas letras!

ESCENA II

DICHOS y GUILLERMO.

GUILLERMO.—*(Asomando.)*—Buenos días.

CLARA.—*(A* FARRUCA.)—¡No escapes!

FARRUQUIÑA.—Es para llamar al *Cicilio*... y p ra tener buen corazón con ustedes, dejándol aprovechar un poquito la soledad.

CLARA.—Pero vuelve pronto.

FARRUQUIÑA.—De seguida. *(Mutis.)*

ESCENA III

CLARA y GUILLERMO.

GUILLERMO.—¿Se puede?

CLARA.—Según quien sea.

GUILLERMO.—Guillermo Vilavedelle, el hom-
re más feliz de Peneireiros. Tengo salud—des-
ués de haber creído que la perdiera; es decir, sa-
ıd dos veces—, tengo una madre que me idola-
a, tengo una casa magnífica, un caballo para ir
monte, un balandro para ir al mar... y una ami-
uita preciosísima, que no se incomoda mucho
uando le digo que la quiero un poco.

CLARA.—¡Ya es tener! Pero no cacarees antes
e tiempo, porque a lo mejor la amiguita te da
nas calabazas superiores, el viento te vuelca el
alandro... ¡y se nos acabó el hombre más feliz
e Peneireiros!

GUILLERMO.—Así no sería posible que acaba-
e, porque en el mar no corre peligro ningún hom-
re con calabazas. ¡Es una boya, y no se hunde!
Hasta cuando pretendes fingir mala voluntad me
alvas.

CLARA.—Pues salvado. Anda, pasa.

GUILLERMO. — ¿Descansaron del paseo de
noche?

CLARA.—Fué delicioso. Aquel silencio del cam-
o, aquel perfume acre y sano de las plantas sil-

vestres y aquella brisa punzante de la mar, metía pecho adentro vendavales de alegría.

GUILLERMO.—Yo llegué a casa como embria gado.

CLARA.—De las mentiras que dijiste.

GUILLERMO.—Ninguna. Y a la noche, en vez d dormir, iba trayendo a la memoria puñados d momentos felices para formar la novela del r cuerdo. ¡Hay un capítulo precioso! El de una s ñorita chapuzándose en el arroyo para quitarse bigotillo que le nació comiendo moras...

CLARA.—¡Y que el agua pelaba de puro fresc

GUILLERMO.—Y yo me decía: "¡Mira que fueras tú el agua...!"

CLARA.—No me hubiera afeitado en aquel e tablecimiento.

GUILLERMO.—¡Siempre adusta! Paciencia. vamos a mi asunto. Esta mañana he mandado d hombres a coger percebes, pero como tardará porque vienen a remo, yo voy a salirles al encue tro, y a la vuelta—cuestión de una media hora confío en verte asomada a la galería.

CLARA.—¿Es muy interesante el mirar de lej un barquito?

GUILLERMO.—Los demás, no; éste, hoy, int resantísimo y raro.

CLARA.—¿Raro?

GUILLERMO.—Mucho. Un balandro cargado percebes y de amor se ve pocas veces.

CLARA.—¡Vendrá bueno el amor!

GUILLERMO.—Bueno... y salado. Y si no hay quien lo recoja, le diré a la Farruca que lo eche también en la calderada.

CLARA.—¡Cualquiera se atreve a recogerlo...! Que tú eres un burlón así de grande. *(Abriendo los brazos.)*

GUILLERMO.—¿Y por qué lo soy? Si nos decimos algo desagradable, no dudamos de que sea verdad; pero como sea algo lisonjero, ya nos inclinamos mejor a tomarlo por adulación o por burla. ¿Y a qué tal desconfianza? Si concedemos veracidad a quien nos dice lo malo, ¿por qué no le damos el mismo crédito, siquiera el mismo crédito, a quien nos dice lo bueno?

CLARA.—Quieres que te crean...

GUILLERMO.—¿Es pedir la luna?

CLARA.—No...

GUILLERMO.—¿Sabes de mí felonías, o traiciones o engaños?

CLARA.—No...

GUILLERMO.—Entonces tienes sobradísima razón para decirme una vez más: "No quiero." Pero no tienes razón ninguna para decir: "No creo."

CLARA.—Creer es una cosa; ligarse son muchas.

GUILLERMO.—¿Y esto te causa pavor?

CLARA.—Sí. Por lo mismo que valgo muy poco, estoy dispuesta a defender hasta el final lo poquísimo que valgo.

GUILLERMO.—¿Qué es menester para convencerte?

CLARA.—Eso: convencerme.

GUILLERMO.—¿Y si yo lo jurara?

CLARA.—No jures. Promesas de veraneo se las lleva el otoño.

GUILLERMO.—Y si pasados unos meses de ausencia yo fuese a Madrid, en diciembre o en enero, tiritando de frío, con un gabán sobre otro y dos bufandas al cuello, exclusivamente para decirte: "Me muero de frío, pero sigo muriéndome de calor por ti como en pleno verano, ¿qué dirías tú?"

CLARA.—Primero que te quitaras las bufandas.

GUILLERMO.—¿Y después?

CLARA.—Después..., probablemente le llevaría una vela rizada a San Antonio.

GUILLERMO.—¡Basta! Sigo siendo el hombre más feliz de Peneireiros. Y como en una visión de resplandeciente claridad, ya veo trazado el plan de mi vida. En diciembre, a Madrid; en marzo, a tu parroquia... y ahora, a los percebes. ¿Qué te parece?

CLARA.—*(Riendo.)*—¡Sublime!

GUILLERMO.—*(Dándole la mano.)*—¡Pues al balandro! Y aun viéndonos antes, hasta diciembre, Clarita. *(Mutis.)*

CLARA.—Adiós, Guillermo. *(Cuando marcha Guillermo. Contando por los dedos.)* ¡Lo que va a tardar diciembre este año! *(Suspirando.)* ¡Ay...!

ESCENA IV

CLARA y CONSTANZA.

CONSTANZA.—¿Ya se fué? ¿A qué vino?

CLARA.—Venía a saludarte..., pero se le olvidó.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Bien...!

CLARA.—Discúlpale..., porque la conversación ué más lejos y más seria de lo que pensábamos.

CONSTANZA.—*(Riñendo.)* — ¡Clara!... ¡Clara!

CLARA.—¿Qué mal ves en ello?

CONSTANZA.—¿No te basta la ilusión de tu rte?

CLARA.—Los pinceles, los cuadros, los premios las medallas futuras, y tal vez algún día la glo-ia..., ¡sí, hermosísimo! Pero en cuanto se cruza na sombra de amor—un cacho de amoriño, co-no dicen por la aldea—¡allá se van dando volte-etas la gloria y los pinceles con el mismísimo dia-lo que se los lleva!

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Alma de artista...

CLARA.—Más sencillo: alma de mujer.

CONSTANZA.—¡Pero cuidado con figurarse que na simpatía es una pasión!

CLARA.—¿Recelas de Guillermo?

CONSTANZA.—Ni recelo ni me confío ciega-nente.

CLARA.—Yo tampoco, porque ya sé muy bien que jugando hombres y mujeres al mismo juego,

ellos a cazarnos y nosotras a dejarnos cazar, todo el secreto está en no correr tanto que parezcamos imposibles..., y en no correr tan poquito que les parezcamos demasiado fáciles.

CONSTANZA.—Si lo sabes, no lo olvides.

CLARA.—Descuida. Oye, hermana... Por la salud de Guillermo, ¿puede haber alguna preocupación futura?

CONSTANZA.—No, ninguna. A ti no te lo ocultaría.

CLARA.—Cuando por primera vez ha venido a consultarte, ¡si vieras qué miedo traía de que no le recibieras!

CONSTANZA.—¿Por qué no?

CLARA.—Como no visitas más que a los niños...

CONSTANZA.—Pues precisamente por eso le atendí a él.

CLARA.—Viejo no digo que sea, pero de la infancia me parece que salió hace rato.

CONSTANZA.—Ahora que se ve con salud y se siente con bríos, ahora sí que es un hombre; pero antes, cuando sufría, cuando se espantaba del temeroso mal pidiendo que le defendieran y que le curaran, no era más que un niño, muy niño, infinitamente niño.

CLARA—Quizás...

CONSTANZA.—Seguro. La niñez es el momento de la vida en que por débiles no podemos rebelarnos ni defendernos contra nada. Si nos acarician bien; si nos pegan, bien; que a todo hay que so

meterse, porque todo es más fuerte que nosotros, ¿verdad? Pues entonces, tenga la edad que tenga, y aunque fuere un mocetón como un castillo, el hombre que no se puede valer, agobiado por una enfermedad o mal herido de una pena que le destroza el alma y que desfallece y se acobarda y se entrega..., ¿qué es, qué vuelve a ser sino un niño, muy niño, infinitamente niño?

CLARA.—No te falta razón...

CONSTANZA.—Y por eso, aun habiendo tenido el firme propósito de especializarme en las dolencias de la infancia, ahora ya no me niego a prestarle a nadie mi buena voluntad, sabedora, a ciencia cierta, de que en todo enfermo que me consulta hay siempre un niño que me suplica.

CLARA.—Haces perfectísimamente.

CONSTANZA.—Así lo creo, y si no lo creyera estaría muy engañada.

CLARA.—*(Abrazándola.)*—No lo estás, no.

ESCENA V

DICHOS. FARRUQUIÑA, MARICELSA y CECILIO.

FARRUQUIÑA. — De los cabezones hay que traerle.

CECILIO.—No acordaba de que hoy era domingo...

MARICELSA.—Vaya si acordaba, pero le huye a las letras.

CECILIO.—Miedo natural...

CONSTANZA.—Pues ¡hale, hale!...

CLARA.—Y tú al retrato, Farruca. *(Se sientan.)*

CONSTANZA.—*(Cogiendo los libros que trae* MARICELSA.)—¿Por dónde íbais?

MARICELSA.—Por aquí.

FARRUQUIÑA.—¿Qué tal voy saliendo, doña Clarita?

CLARA.—De parecido no está mal, y como obra de arte me dicen los demás que es un acierto. ¡Ojalá!

FARRUQUIÑA.—Alabar lo alaban que es un alabar a Dios.

CLARA.—El mismo Guillermo, que es artista y entiende de pintura, no me regatea sus plácemes.

FARRUQUIÑA.—¡Boh! ¡Boh! Boh...! Lo que ése diga no hay que ponérselo en la cuenta de entendido, sino en la de galán y en la de rondador. Y así discurre. Le enseña usted un traje..., ¡qué elegante! Le enseña usted un cuadro..., ¡qué precioso! Y todo lo que usted enseña le gusta mucho a don Guillermo.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Farruca!

FARRUQUIÑA.—De modo que lo que diga de usted... ¡Boh! ¡Boh! ¡Boh! Y para no caérsele de la boca las alabanzas, razón de más tiene el rapaz, que en el tiempo que llevan ustedes aquí no han hecho más que bien a todos, y por hacer caridad completa, hasta nos hicieron caridad de gozo y de alegría.

CONSTANZA.—No hables de eso, Farruquiña.

FARRUQUIÑA.—¡Y cómo no he de hablarlo, corazón, si está ya en todas las voluntades, no sólo de bondadosas, sino de milagreras también.

MARICELSA.—¡Eso sí que es verdad!

CECILIO.—Y a quien diga que no lo es, le doy con un palo en los morros.

MARICELSA.—Su merecido, y nada más.

CONSTANZA.—*(Riéndose.)*—Bueno..., pues milagreras.

CLARA.—¿Yo también?

CECILIO.—Más aún que la otra, porque la otra hace curaciones que pueden ser de sabiduría, pero usted las hace sin ciencia ninguna.

CLARA.—Vamos, de burrita...

CECILIO.—¿Dije eso? Pues no lo quise decir. ¡Parece mentira lo difícil que es el decir lo que uno quiere! A ver si me explico ahora. Esta dice...

MARICELSA.—No digas ésta, di doña.

CECILIO.—Bueno. Doña ésta dice: "Toma tal *midicina* y curarás." Y curan. ¡Sabiduría! Pero esta pequeña sale diciéndoles: "No tomes *midicina* ninguna... y curarás." Y curan. Milagro por los cuatro lados.

CLARA.—*(Riendo.)*—No cabe duda. Te gano.

CONSTANZA.—Mejor.

FARRUQUIÑA.—Tiene razón *Cicilio*. Lo del neno de la Doloriñas fué mano de santo.

CONSTANZA.—Bien sencillo hoy con las inyecciones.

FARRUQUIÑA.—Sí, señora, pero si no viene usted con lo sencillo... pues, sencillamente, se le muere el neno a la Doloriñas. ¡Y de agradecida ya ve cómo anda...! ¡Poco menos que de rodillas en cuanto la ve!

CONSTANZA.—De sobra me paga...

MARICELSA.—Y sus flores no faltan una mañana...

CONSTANZA.—No faltan, no.

FARRUQUIÑA.—Pero la maravilla fué el curar a don Guillermito.

CONSTANZA.—¡Si no tenía nada!

FARRUQUIÑA.—Pues esa fué la maravilla de las maravillas. Un médico que le dice a un enfermo rico que no está enfermo de nada... ¡Puede que sea el primer caso!

CONSTANZA.—Todo era aprensión. Como había antecedentes desgraciados en la familia, en cuanto pescó un catarro y tosió un poco, tuvieron pavor... ¡Y a prevenirse contra el horrendo mal! Que no salga, que no se enfríe... Cuidado con el sol, cuidado con el relente... y a respirar horas enteras el vaho de un establo. Total, que no se moría de enfermedad y se nos moría de precauciones.

CLARA.—Y la receta de su curación la firman los acreditados especialistas doña Constanza Martín Páez, don Sol Radiante y don Purísimo Aire del Mar.

CECILIO.—Y don Amor.

CLARA.—¡Eso no!

FARRUQUIÑA.—¿Que no, doña Clarita? ¡Boh! Boh! ¡Boh...!

CONSTANZA.—Una cosa es que haya simpatía n los muchachos y otra...

FARRUQUIÑA.—Ya sé lo que es una cosa..., y on los años que tengo calcule si no sabré también o que es la otra. Casarse y apestar el mundo de hiquillos.

CONSTANZA.—Tiempo sobrará de hablarlo, si llo ha de ser... ¡Y a la lección, a la lección! Anda, Cecilio.

CECILIO.—Ando, sí, señora... ¡Pero como hay Dios que ya creí que hoy escapaba!

CONSTANZA.—Es por tu bien.

CECILIO.—Y agradecidísimos ésta y yo del favor que nos hacen...! ¡pero *ella moita cousa del diablo la condanada leución!*

CONSTANZA.—Para eso te ayudamos. Empieza, empieza.

CECILIO.—Ya empecé por dentro..., pero no ne sale para fuera.

CONSTANZA.—¿Qué te pasa?

CECILIO.—Que tropiezo en esta letra de la sila con respaldo.

MARICELSA.—Hache, hombre.

CECILIO.—Eso iba a decir, mujer. *(Canturreado.)* Hache con a, cha.

CONSTANZA.—¡Eh, eh! Ahí es muda.

CECILIO.—Si lo soy yo también acierto.

CONSTANZA.—También.

CECILIO.—Bueno, entonces. Hache con a, a hache con e, e; hache con i, i...

CONSTANZA.—Bien. Lee más abajo.

CECILIO.—¿Cómo dicen a ésta de la empal zada?

MARICELSA.—Eme.

CECILIO.—Eme con a, ma; eme con e..., con e.

MARICELSA.—Borrego.

CECILIO.—Me.

CONSTANZA.—Eso.

CECILIO.—Eme con i..., con i..., con i...

MARICELSA.—Yo.

CECILIO.—Eme con i, tú.

MARICELSA.—Mi.

CECILIO.—Pero mi no eres tú, que soy yo.

CONSTANZA.—Anda...

CECILIO.—Mi. Eme con o..., con o... ¡Esto peor que cavar todo el día!

CONSCANZA.—Mo.

CECILIO.—Mo. Eso es. Eme con u, con u. *(Soplando.)* Con u...

MARICELSA.—Buey.

CECILIO.—¡¡Muu!!

CONSTANZA.—Menos buey; ternero, Cecilio.

CECILIO.—Mu.

CONSTANZA.—Perfectamente.

CECILIO.—¡Ay! ¡Suda uno!

CONSTANZA.—Pues descansa un poco. A v tú, Maricelsa. Ahí.

MARICELSA.—*(Con tonillo de escuela.)*—"Y

terminar sus ocupaciones y disponer su labor para la mañana siguiente, salia Juanito a la calle, en donde todos los días le aguardaba el señor cura para.

CONSTANZA.—¿Por qué te detienes?

MARICELSA.—Porque hay punto.

CONSTANZA.—No puede ser.

MARICELSA.—Sí, señora.

CECILIO.—*(Mirando el libro.)*—Es verdad... ¡Pero es de mosca!

MARICELSA.—¡Ay!

CONSTANZA.—No es punto.

CECILIO.—No, señora; es cochinada.

CONSTANZA.—Sigue.

MARICELSA.—"Le aguardaba el señor cura para conducirle paseando a su morada...

CONSTANZA.—¿Qué es conducirle?

MARICELSA.—Como llevarle.

CONSTANZA.—Muy bien. ¿Y morada?

MARICELSA.—Morada..., morada...

CECILIO.—*(Riendo.)*—¡Huy, que no lo sabe!

MARICELSA.—*(Ofendida.)*—¿Sábeslo tú, pasmón?

CECILIO.—Y cualquiera. Morada es la túnica del Nazareno.

CONSTANZA.—*(Riendo.)* — Tiene razón que lo es.

CECILIO.—*(Triunfante.)*—¿Eh? ¡Vuelme a llamar pasmón! ¡Vuelve!

CLARA.—Más alta la cabeza, Farruquiña.

FARRUQUIÑA.—¡Es que se cae la pobre!

CLARA.—Una pincelada... y termino.

ESCENA VI

DICHOS y DOLORIÑAS.

DOLORIÑAS.—*(Sonriente, muy acicaladita en su pobreza, muy peinada y con un brazado de flores y ramos silvestres.)*—¿Se puede?

CLARA.—Adelante.

DOLORIÑAS.—¿Cómo están ustedes todos?

FARRUQUIÑA.—Muy bien.

DOLORIÑAS.—La ofrenda, doña Constanza.

CONSTANZA.—Ya te he dicho que no me gusta que le llames así.

DOLORIÑAS.—Pues me lo tiene que perdonar, porque si no eso, no son nada mis pobres floreciñas. A regalo no llegan..., a pago, ¿quién lo pensó? ¡Y si me le quitan la intención del ofrecimiento, me le quitaron todo, doña Constanciña!

CONSTANZA.—Bueno..., como te dé la gana.

DOLORIÑAS.—Muchas gracias. Y luego deseguida le voy a traer otras.

CONSTANZA.—Bastan ya, mujer.

DOLORIÑAS.—¡Ay, no, señora! Estas son las de cada día, pero el día en que por primera vez sale mi sol a la calle, curadiño del todo, que me le parece que nació de nuevo..., ¿no voy a venir ni para decirle siquiera Dios se lo pague?

FARRUQUIÑA.—¡Tiene razón! ¡Mismo razón para estar diciéndolo veinte horas!

CONSTANZA.—Bueno, ven..., pero no traigas nada.

DOLORIÑAS.—No puede ser eso, doña Constanza. Y tanto separo yo lo de ahora y lo de luego, que esta madrugada, cuando fuí por el campo a buscar las flores de ahora no recogí también las flores de luego. ¡No, señora! Era otra intención, otro ofrecirniento, y había que tomarse otra fatiga para que fueran estimados como distintos los dos votos. Y fuí y volví con unas, y después fuí y volví con las otras.

CONSTANZA.—Te las aprecio como tú quieras darlas. Vengan ya ésas.

DOLORIÑAS.—*(Poniéndolas en el suelo, a los pies de* CONSTANZA.)—Ahí las tiene.

FARRUQUIÑA.—¡Pero Doloriñas de mis pecados! ¿Cuántas veces te van a decir que ése no es modo de entregarlas?

DOLORIÑAS.—¿Y luego?

FARRUQUIÑA.—En la mano, ¡porreta! Y disculpensen si lo oyeron.

DOLORIÑAS.—De ser para cualquiera y como quien da flores nada más, claro que sí, señora...; pero las ofrendas yo he visto siempre que se ponen a los pies, y luego, si Nuestro Señor lo quiere, se dice a un ángel que las coja y que las suba.

CECILIO.—*(Levantándose.)* — Tienes razón, que así se hacen las ofrendas. Y si usted no se in-

cómoda..., cierre los ojos un poquito para no ver cómo es el ángel que las sube. *(Recoge las flores y las pone en el regazo de* CONSTANZA.)

CONSTANZA.—Gracias, Cecilio.

CECILIO.—*(Volviendo a sentarse.)*—Nunca sabe uno lo que va a ser en este mundo.

CONSTANZA.—Ya están aceptadas y agradecidas..., pero no vuelvas a ofrecerlas de este modo, que las cosas no son las mismas, ni remotamente se parecen, ni el favor que te hice vale la pena de tanto.

DOLORIÑAS.—Eso pasa siempre con todos los favores, que el mismo que los hace es el último a saber si hizo un bien muy pequeño o uno muy grande...

CONSTANZA.—Es verdad...

DOLORIÑAS.—Puede que para usted sea un granito de arena... ¡Claro! Usted se mira de médico y dice: "¡Bah! Una visita más. ¡Nada!" Pero yo me miro de madre y me digo: "Me salvaron al neno, el único que tengo, ¡el único!, pues me lo salvaron todo. ¿Qué rey de la tierra o qué santo del cielo hubiera podido salvar más?

CECILIO.—¡¡Es muchísima verdad!!

CONSTANZA.—Lo comprendo!

DOLORIÑAS.—Pues de aquélla entonces, déjeme a mí que yo aprecie lo que vale, que yo sé el favor que hizo y usted no lo sabe, doña Constanza, no lo sabe.

CONSTANZA.—Bien...

DOLORIÑAS.—Y traigo las otras flores, ¿verdad?

CONSTANZA.—Sí, mujer.

DOLORIÑAS.—¡Pues *voume,* que ya tengo ansia de ver lo que hace el sol de mi alma al mirar otra vez al sol del día! Y queden con Dios, ¿eh?... *(Mutis.)*

FARRUQUIÑA.—Le doy toda la razón, que lo suyo es ser agradecida.

CONSTANZA.—Ya lo es, ya.

ESCENA VII

DICHOS, menos DOLORIÑAS.

CLARA.—¡Concluído! Quedas en libertad, Farruca.

CONSTANZA.—Vosotros también, que hoy no trabajamos con provecho... y hasta la hora de la misa que cada cual haga lo que quiera.

FARRUQUIÑA.—¡¡Jesús, qué bien estoy!! Aquí sí que podían ponerme doña Francisca.

CLARA.—Pues lo pondré.

MARICELSA.—*(Rechazando a* CECILIO, *que la abraza.)*—¡Quita, hombre!

FARRUQUIÑA.—¡No faltes al respeto, *Cicilio!*

CECILIO.—¡Si es obediencia, señora abuela! Doña Constanza mandó que cada uno a lo que quiera..., y como yo quiero a la Maricelsiña, ¡pues a ella fuime!

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Eres buen entendedor!

CECILIO.—¿Y qué mal hay en aplicarse lo más bueno?

FARRUQUIÑA.—El respeto, *Cicilio,* el respeto.

CECILIO.—No se ofende nunca cuando va uno honradamente.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—No...

CECILIO.—¿Lo ves? Y a ti te abrazo también sin faltar a nadie.

FARRUQUIÑA.—No es lo mismo.

CECILIO.—Igual.

FARRUQUIÑA.—¿Igual? ¡Boh! ¡Boh! ¡Boh!...

CECILIO.—¿A ver si no? A ella ¿por qué la abracé? ¡Por cariño! A ti ¿por qué te abrazo? ¡Por cariño! Luego es lo mismo.

FARRUQUIÑA.—No, que aun hay la picardía por medio.

CECILIO.—¿Delante de todos? ¡No, señora! Aquí no había más que el buen querer.

CLARA.—Siendo eso..., si yo fuera Maricelsa este abrazo de ahora no se lo negaba. ¿Y tú?

MARICELSA.—Yo haré lo que me manden...

CONSTANZA.—No cabe duda de que la obediencia tiene sus ventajillas... Y ya que estáis en tan buena disposición, llévatelas abrazadas a las dos.

CECILIO.—Ahora mismo. Ven, abuela.

FARRUQUIÑA.—Vamos, corazón.

CECILIO.—Ven Maricelsa.

MARICELSA.—Porque lo mandaron...

CECILIO.—Por eso, claro.

CONSTANZA.—Lástima que no anduvieras tan espabilado en las lecciones...

CECILIO.—*(Teniendo abrazadas a las dos.)*—¿En las *leuciones?* Para que se vea si me fijo al estudiar, y se me quedan las letras en la memoria. *(Canturreando.)* Eme con a, ma; eme con e, me; eme con i, mi... ¡mi abueliña! ¡Mi amoriño!

FARRUQUIÑA.—¡Corazón! ¡Corazón...!

CLARA.—¡Vaya si las aprende!

CECILIO.—Y ahora para ustedes. Eme con i, mi; eme con o, mo; eme con u, mu... ¡Muchísimas gracias a doña Constanza y a doña Clarita!

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Ene con o, no..., no hay de qué darlas, Cecilio.

MARICELSA.—Anda, loco, anda.

CECILIO.—Andando, pues. *(Da unos pasos y se detiene.)* ¡Ay, qué gusto!

FARRUQUIÑA.—¿Qué es?

CECILIO.—¡Ay, qué gusto de puerta!

FARRUQUIÑA.—¿Qué tiene la puerta?

CECILIO.—Tan *piquiñita*..., tan *piquiñita*..., y vamos pasar los tres por ella a un tiempo.

MARICELSA.—Pero ¿y cómo?

CECILIO.—Apretujándonos un poquitito más, ¡pasmona!

FARRUQUIÑA.—No tontees, *Cicilio.*

CECILIO.—¿Tontada esto? ¡No abueliña...! Y si Dios lo permitiese y fuera posible apretujaros

tanto... ¡tanto! que como os llevo en alma os llevara en cuerpo también dentro de mí..., ¡¡habría que ver a Cicilio o d'a Farruca llevando siempre consigo cuanto quiere en este mundo!! ¡¡Mismo el rey!!

FARRUQUIÑA.—*Ti acabas tolo, Filliño.*

CECILIO.—Sí, loco, sí. Eme con a, ma; eme con e, me; eme con i, mi..., ¡¡mi abueliña y mi amoriño!! *(Mutis los tres al interior.)*

ESCENA VIII

CONSTANZA y CLARA.

CLARA.—Son felices...

CONSTANZA.—Se quieren, y no piensan más que en quererse, dejando a Dios y al tiempo el cuidado de lo que pueda traer el día de mañana...; pero nosotras, midiendo, calculando, exigiéndole al amor que desde hoy nos resuelva y nos garantice lo futuro..., no sabemos querer... ¡No sabemos!

CLARA.—La vida de ciudad reclama otras cosas.

CONSTANZA.—Cierto... Pero entonces no nos quejemos de no tener éstas.

ESCENA IX

DICHAS y DON SANTIAGO.

SANTIAGO.—Unas rosquillitas, que no son gran bocado, pero que aquí tienen fama.

CLARA. — Riquísimas. *(Recoge el paquete, y mutis.)*

SANTIAGO.—Vengo a felicitarla cordialmente.

CONSTANZA.—¿Y eso?

SANTIAGO.—Desde que llegaron al pueblo no han cesado las alabanzas para usted, y los que no la llaman pozo de ciencia es porque la llaman espejo de caridades.

CONSTANZA.—¡Dios se lo pague!

SANTIAGO.—Y anoche, en la tertulia de doña Servanda, la pusieron a usted como un trapo.

CONSTANZA.—*(Pegando un respingo.)*—¿Eh?

SANTIAGO.—Como un trapo, mi querida amiga. Y para final del ramillete, la propia doña Servanda declaró solemnemente que antes moriría... ¡Morir, antes que ponerme en las manos de esa curandera!

CONSTANZA.—¿Y usted me felicita?

SANTIAGO.—Con toda mi alma. Los elogios son el principio de la nombradía, y los insultos, la consagración definitiva del mérito. No hacían más que alabarla..., ¡poca cosa!, pero ayer la insultaron; luego desde ayer quedó usted oficialmente consagrada en Peneireiros. ¡Mi enhorabuena, Constanza!

CONSTANZA.—Tomándolo así, aun hay para alegrarse.

SANTIAGO.—Y ahora, agárrese usted, que viene la explosión de dinamita. Sabiendo cómo las gastan en aquella casa, íbamos todos escuchando

indiferentes la retahila, hasta que se le ocurri decir lo de curandera...; que entonces saltó, l mismo que un cohete, nuestro don Perfecto Pa sadoiro, replicándola con voz de trueno: "¿Cu randera? ¿Curandera? ¿Curandera?" Al pront creímos que se atragantara y que ya no podri salir nunca de la palabreja; pero al fin se arranc a mayores, diciéndole: "¡Ya quisiera usted sabe la décima parte de lo que ella sabe, ¡so cotorra y valer toda usted lo que un cacho de esa señora que usted no vale ya ni para vieja de película!"

CONSTANZA.—¡Ay, Dios mío!

SANTIAGO.—Generalmente, no suele expresars nuestro amigo en términos de gran mesura; per con la indignación se le agravaron las cualidade nativas..., y metió los cuatro remos de una vez.

CONSTANZA.—¿Y después?

SANTIAGO.—Después ya no pudo meter má Se le habían agotado las existencias.

CONSTANZA.—Pero ¿qué pasó luego?

SANTIAGO.—Un berrinche fenomenal en doñ Servanda, y en que sacamos a empellones al do Perfecto de la casa.

CONSTANZA.—Le agradezco su defensa..., aun que me hizo más daño todavía. ¡Buena me van poner ahora!

SANTIAGO.—Consagrada, amiguita; consagrada

ESCENA X

DICHOS y FARRUQUIÑA.

FARRUQUIÑA.—*(Con una cesta cubierta con un paño.)*—Doña Constanza... De mis sobrinos.

CONSTANZA.—Que no la quiero.

FARRUQUIÑA.—Es una empanada de *sardiñas.*

CONSTANZA.—Será... Pero le tengo prohibido que coja nada. Devuélvalo.

FARRUQUIÑA.—No puede ser, cordera, que tomaríanlo a desprecio.

CONSTANZA.—Lo sentiré mucho. Pero resueltamente, que no.

FARRUQUIÑA.—Bien está; sí, señora. *(Marcha, y se detiene.)* ¿Sabe que es de sardiñas, doña Constanza?

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Y dale!

FARRUQUIÑA.—¿Y que la rapaza pasó toda la noche amasándola ella misma?

CONSTANZA.—Peor. Me mortifica que se molesten por mí.

FARRUQUIÑA.—¡Ay! ¡Qué decir tan mal dicho! Con el favor que les ha hecho, que ya está el hombre bien y trabajando, ¿iba a serle de molestia el amasar para usted? ¡Qué contestación, Jesús! No parece de usted, no; parece de una renegada.

CONSTANZA.—¡Si no es desaire! Es...

FARRUQUIÑA.—¡Ah! Que no le gusta de sardiñas. ¡Pues se le hace de otra cosa, cordera!

CONSTANZA.—¡No, mujer!

SANTIAGO.—Si no se la come usted, me la como yo. Es la única manera de que Farruca se convenza.

CONSTANZA.—Bueno... Que la dejen.

FARRUQUIÑA.—Lo que tenía que ser. Y de parte de ellos, que les aproveche, y que muchísimas gracias. *(Mutis.)*

ESCENA XI

DICHOS, menos FARRUQUIÑA.

SANTIAGO.—Aun son ellos los que dan las gracias.

CONSTANZA.—Quédese a comerla.

SANTIAGO.—No.

CONSTANZA.—Además tenemos una gran percebada.

SANTIAGO.—¿Percebada? Insista un poco más, señora.

CONSTANZA.—Insisto.

SANTIAGO.—Basta; acepto. Y yo añadiré un par de botellitas de aquel tostado del Rivero. ¿Qué le pareció el de la otra tarde?

CONSTANZA.—Insisto.

SANTIAGO.—Pues las traeré, y armaremos un festín.

ESCENA XII

DICHOS y PERFECTO.

PERFECTO.—*(Un poco más pulido de indumentaria, y sombrero en mano.)*—¿Hay permiso?

CONSTANZA.—Le estoy reconocidísima por...

PERFECTO.—Por nada. Ya ha venido usted con el cuento, ¿eh?

SANTIAGO.—Ni me lo contaron, ni me pidió nadie el secreto.

PERFECTO.—Y no tiene usted por qué estarme obligada, que no lo hice por usted, sino por largarle su merecido a la otra.

CONSTANZA.—Es lo mismo.

PERFECTO. — *(Incomodado.)* — ¡No es lo mismo!

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Bueno, hombre!

PERFECTO.—Lo único agradable de todo esto es que a la cotorra ésa le han dado esta noche tres soponcios seguidos, y desde por la mañana anda el médico recetándole potingues.

CONSTANZA.—No hable usted así, Pasadoiro. No querrá usted matarla!

PERFECTO.—Matarla, no, señora; pero que se muera ella sola, ¡con mucho gusto!

SANTIAGO.—No hay motivo para ese odio.

CONSTANZA.—Y aunque lo hubiera, yo le estimaré a usted que no hable aquí de ese modo.

PERFECTO.—¡Muy bien! Gran cortesía, exquisitos miramientos para la bruja ésa...

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Perfecto!...

PERFECTO. — Y, en cambio, de aquí salen las bromas para que todos me tomen a chacota y de dominguillo.

CONSTANZA.—¡Lo niego en absoluto!

SANTIAGO.—Y yo.

PERFECTO.—Lo niegan, ¿eh? Ahora mismo estuvo a visitarme el alcalde, con el pretexto de que yo contribuyera a no sé qué suscripción, y me dijo: "Como es usted el más rico del pueblo...". Le miré—¿comprenden ustedes?—, ¡¡le miré!! Nada más. Sigue un ratito la conversación, insistiendo en sacarme las pesetas, y vuelve a insistir en que yo estaba obligado, porque como soy el más rico del pueblo... ¡¡Le miré!! ¡¡Le miré!! Y en seguida le cogí por las solapas, zarandeándole a mi gusto. "¡¡Señor mío, ni a usted ni a nadie le consiento que se burle de mí!!"

SANTIAGO.—No veo causa para enfadarse.

PERFECTO.—¿Ni usted tampoco?

CONSTANZA.—Tampoco.

PERFECTO.—Pues hágame el favor del cuadrito ese que ha pintado su graciosísima y simpatiquísima hermanita.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡Ah!...

PERFECTO.—¡Ah, sí! El cuadrito—pintado con bilis y con veneno—representa la Plaza Mayor de Peneireiros, desierta, ¿eh?, desierta, y en el cen-

ro un cebón, un cerdo magnífico, enorme y son-
osado..., ¿eh?

SANTIAGO.—Bueno; ¿y qué?

PERFECTO.—Cómo ¿y qué? ¿No sabe usted el
tulo del cuadro? *El más rico del pueblo.*

SANTIAGO.—*(Riendo.)*—¡No cabe duda de que
es!

PERFECTO.—Y como yo también soy el más
ico..., ¡pues dicen que soy yo, que es retrato!

CONSTANZA.—Nada de eso. La palabra está em-
leada en otro sentido.

PERFECTO.—Pero la malicia ya supo bien el
uscarle la intención.

CONSTANZA.—Pues para cortar de raíz las ha-
illas, si es que las hay, tenemos una buena so-
ución. Se lleva usted el cuadro, y usted lo rompe
lo quema.

PERFECTO.—Lo acepto o, mejor dicho, lo com-
ro.

CONSTANZA.—Para eso no tiene usted dinero.

PERFECTO.—¿Que no?

CONSTANZA.—Que no. Aceptándolo según se lo
frezco, con toda mi buena voluntad de borrar
na molestia..., le resulta baratito..., y termina-
o el asunto. Pero si usted nos coloca en negocian-
es, hoy paga usted el cuadro..., y mañana se pin-
otro..., y pasado otro..., y...

PERFECTO.—¡Así, no!

CONSTANZA.—¿Ve usted cómo no tiene dinero?

PERFECTO.—¡Siempre ha de ser lo que a usted le dé la gana!

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Siempre..., y es como mejor le va a usted.

SANTIAGO.—Ya que están en la acostumbrada tarea de pelearse, aprovecho el momento para ir a buscar las botellas. Hasta ahora, ¿eh?... *(Mutis.)*

ESCENA XIII

CONSTANZA y PERFECTO.

CONSTANZA.—*(Afectuosa.)*—Vamos a ver si es usted capaz de contestarme a una pregunta: ¿por qué rabia usted tanto, Pasadoiro?

PERFECTO.—Porque todos la han tomado conmigo..., y yo voy a tomarla con todos.

CONSTANZA.—En algunas ocasiones da usted motivo sobrado para ponerle en solfa... Y mientras en esa imaginación voluntariosa se cuezan las extravagancias de cambiar el almanaque o dejar al pueblo sin pescado en una vigilia, harán perfectamente en mofarse de usted.

PERFECTO.—¡Señora!

CONSTANZA.—Y yo seré una de las primeras a reírme.

PERFECTO.—¡Señora!

CONSTANZA.—Si a usted le es igual, señorita.

PERFECTO.—Bueno..., pero bien lo sentirá usted.

CONSTANZA.—Según... Por un buen marido, formal y cariñoso, le habría dado gracias a Dios, sí señor; ahora, por un holgazán, por un mequetrefe... o por un cardo como usted, no señor.

PERFECTO.—Se agradece la opinión.

CONSTANZA.—Usted se la busca... Porque bien puede observar que cuando se le ocurren ideas sensatas y beneficiosas, todos le alabamos.

PERFECTO.—¿Qué ideas?

CONSTANZA.—Una, la de la campana que regaló usted para la iglesia.

PERFECTO.—¡Señora!

CONSTANZA.—Otra, la de las escuelas públicas que piensa usted construir.

PERFECTO.—¡Señora!

CONSTANZA.—Se... ño... ri... ta.

PERFECTO.—*(Levantándose, indignado.)*—¡Déjeme usted en paz con eso, que ahora no voy a copiar su cédula de vecindad!... Y estoy harto—¿lo oye usted?—, harto ya de que me diga usted que son mías las ideas de usted; que yo no he pensado en tal campana, ni se me ocurrió jamás la maldita escuela.

CONSTANZA.—*(Calmosa y riendo.)*—Siéntese, Perfecto.

PERFECTO.—¡Y es mucha historia ésta de que usted me felicite a mí por ideas de usted!

CONSTANZA.—Siéntese, hombre.

PERFECTO.—¡No quiero!

CONSTANZA.—Venga acá y discutamos.

PERFECTO. — *(Sentándose.)* — ¡Esa es otra! ¿Cuándo me deja usted discutir nada? Entre nosotros no hubo nunca más que la santísima voluntad de usted.

CONSTANZA.—Y es bastante.

PERFECTO.—Para usted, ya lo creo; pero yo no renuncio a mi personalidad, y no quiero estar bajo la dominación de nadie—ni aun la de usted—, como no hubiera querido ser ni rey si fuera uno de aquellos que estaban *medioatizados* por un emperador.

CONSTANZA.—Esos no los recuerdo.

PERFECTO.—¿No los recuerda? ¿Á que lo dije mal? Es curioso esto de que cuando afino sea siempre cuando empeoro...

CONSTANZA.—No se preocupe..., y hablemos seriamente. Si yo me permito con usted algún consejo, es porque usted me lo rogó..., y porque me da un poco de coraje que tantas cualidades excelentes se hallen oscurecidas por una soberbia mal administrada.

PERFECTO.—¿Mal administrada?

CONSTANZA.—Nada más. La soberbia es muy necesaria, porque nos eleva instintivamente, y sólo por elevarnos ya nos aparta de muchas flaquezas y nos pone lejos de muchos peligros. Más hombres están en alto por soberbios que por útiles, y más mujeres se libran de caer por soberbias que por honradas.

PERFECTO.—Pues yo creía que era un gran defecto...

CONSTANZA.—Ahí entra la parte administrativa. Soberbia hacia dentro, que nos espolee a nosotros mismos, sin que nadie la vea ni la observe, sí; eso es casi una virtud, y desde luego una fuerza poderosa... Pero soberbia hacia fuera, únicamente para humillar a los demás; soberbia de mostrador y escaparate, no; eso no es más que alarde de vanidad, burla de quien la nota y un mal negocio para nosotros.

PERFECTO.—Puede ser... Pero cada cual tiene su temperamento; y a mí el guardarme los odios, el comerme las rabias y el no escacharrar al que le tengo tirria..., ¡no me va, señora; no me va! En mi opinión, la fuerza que no sirve para reventar a alguien, no es fuerza ni es nada. Para que me conozca usted de una vez: yo tengo un automóvil; mi automóvil no atropelló a nadie todavía, y yo estoy descontento de mi automóvil, porque un *auto* que no atropella, me parece que no cumple su misión en este mundo de la gasolina.

CONSTANZA.—¡Ya la cumplirá, descuide usted!

PERFECTO.—Yo lo atribuyo a que el mecánico es nuevo y aun no tiene pericia bastante.

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Puede ser eso.

PERFECTO.—Y la gente no merece que la traten de otro modo. Para que le respeten a uno, hay que atropellar... con el *auto* y con todo.

CONSTANZA.—¿Usted cree...?

PERFECTO.—¡Vaya! No se tropieza más que con egoísmos... ¡Y usted misma, con su apariencia de afectuosa, es una grandísima egoísta!

CONSTANZA.—*(Molestada.)*—¡Pasadoiro!

PERFECTO.—¿No se marchan ustedes el miércoles?

CONSTANZA.—Sí, señor.

PERFECTO.—Pues entonces digo yo perfectamente. No se cambian las ideas de un hombre, no se le hace variar de gustos y de modales, no se le obliga a comprar campanas y a pedir a un arquitecto los planos de una escuela pública *(Sacándolos y tirándolos sobre la mesa.)*, que ahí están, ¡porra!, ahí están...

CONSTANZA.—*(Entusiasmada.)*—¡¡Pasadoiro!!

PERFECTO.—Treinta y dos mil duros de escuela, ¡porra!, porque a usted se le antoje que aprenda ese maldito Caifás...

CONSTANZA.—Y otros Caifases...

PERFECTO.—Para luego salir diciendo: "¡Ahí te quedas, que yo me largo!"

CONSTANZA.—¿Pues qué voy a hacer?

PERFECTO.—¡No marcharse, ¡caray!, no marcharse!

CONSTANZA.—Yo tengo mi vida en Madrid.

PERFECTO.—Se forma usted aquí otra.

CONSTANZA.—¡Buen porvenir! No desatine..., y permítame darle las gracias por su rasgo tan...

PERFECTO.—¡Déjeme usted de gracias ahora! ¡Prefiero un tiro!

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—¡No desatine, Pasadoiro!

PERFECTO.—¿Entonces es que usted no se ha enterado todavía de que en cuanto deje de largar desatinos voy a empezar a decir ridiculeces?

CONSTANZA.—No sé por qué...

PERFECTO.—Mucho talento, mucha sabiduría, mucho diploma de doctor..., ¡y no se entera usted de nada, ¡porra!, de nada!

CONSTANZA.—¡Deje las porras también, Perfecto!...

PERFECTO.—Bueno...; pero es lástima, porque acompañan mucho la conversación. Y ¡hablemos claros! ¿Usted vuelve el mes próximo para inaugurar las obras?

CONSTANZA.—Tan pronto..., no.

PERFECTO.—¡Pues no hay obras!

CONSTANZA.—¡Perfecto!

PERFECTO.—¡No hay escuelas en Peneireiros!

CONSTANZA.—Perfecto...

PERFECTO.—¡No hay escuelas!

CONSTANZA.—Bien... ¡Vendré!

PERFECTO.—Hay escuelas en Peneireiros.

CONSTANZA.—Pero eso es forzarme la voluntad.

PERFECTO.—No, señora. Eso es decirle a usted sencillamente que no hay derecho para empezar una labor y dejarla a la mitad; que nosotros vivíamos tranquilos, con nuestras brusquedades y nuestras ignorancias, pero tranquilos, y usted ha

revuelto al pueblo, ha despertado al pueblo y, lo que es peor, me despertó a mí.

CONSTANZA.—¿A usted?...

PERFECTO.—A mí. Vivíamos sin ocuparnos de los demás, y que cada cual se las arreglara como pudiera... Pero ahora, porque a usted le dió la gana de venir a Peneireiros y meternos en la cabeza que hay que hacer el bien y que es criminal el no hacerlo cuando se puede, aquí me tiene usted a mí—y a otros—preocupado con los pobrecitos desvalidos, con los pobrecitos niños y con todos los pobrecitos, que van a concluir porque yo sea un pobre más.

CONSTANZA.—La verdad: ¿le duelen a usted esas pesetas?

PERFECTO.—Ni esas, ni el doble, con tal de que usted quede contenta.

CONSTANZA.—Muchas gracias.

PERFECTO.—Que yo siento por usted una admiración... ¡Bueno! Una admiración, ¡porr...! *(Tapándose la boca para no acabar.)*

CONSTANZA.—¡Sin porr..., Perfecto!

PERFECTO.—Se quedó a la mitad...

CONSTANZA.—Mejor.

PERFECTO.—Pues así es como se queda todo si usted no vuelve. Comprendo que voy a más bueno, a más útil, a no tirar los miles tontamente, sino con provecho...; pero me quedan todavía

muchos resabios dentro..., y no sé aún cuáles vencerán. Si usted se queda, los buenos; si usted se marcha..., ¡allá veremos!

CONSTANZA.—Yo le escribiré y le alentaré...

PERFECTO.—¿Cartas? No. Se reiría usted de las mías.

CONSTANZA.—El año próximo, vengo. Palabra.

PERFECTO.—Además de venir a inaugurar, ¿eh?

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Sí, hombre; sí.

PERFECTO.—Es su obligación conmigo. Me cambió usted, me transformó usted... Soy otro... No me deje caer de nuevo en lo que era... o ¡maldita sea la hora en que empezó usted a cambiar mi vida!

CONSTANZA.—*(Riendo.)* — ¡Perfecto!... ¡Perfecto!

PERFECTO.—Y yo, ¿puedo ir a Madrid a consultarle cosas de los planos?

CONSTANZA.—*(Riendo.)*—Sí.

PERFECTO.—¡No se burle!... Se marcha usted... Ya es mucho perder... Pero es que yo temo, además, que se vaya también el alma de Peneireiros.

CONSTANZA.—Volveré. ¡Palabra! *(Dándole la mano.)*

PERFECTO.—Pues verá usted levantadas las escuelas, verá correr el agua de una fuente en mitad de la plaza, y quizás una casa muy amplia y muy hermosa...

CONSTANZA.—¿Una casa? ¿Para quién?...

PERFECTO.—No lo sé todavía... Pero si puedo, para guardar en ella eternamente el alma de Peneireiros... ¡Adiós! *(Mutis.)*

CONSTANZA.—¡Adiós!...

TELON

Madrid, 9 junio 1924.

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MÁS ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

María Victoria, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

La divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)

Añoranzas, estrenada en el teatro Español.

El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

La raza, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.

Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

Toninadas, estrenada en el teatro Español.

Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

El conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.

La casa de la Troya (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.) (Agotada.)

Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

Como Dios nos hizo..., estrenada en el teatro del Centro, de Madrid. (Agotada.)

La mala ley..., estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (6.ª edición.)

Currito de la Cruz (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (2.ª edición.)

La jaula de la leona, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

Cuando empieza la vida, estrenada en el teatro Eslava, de Madrid.

Los Rikaldy, estrenada en el teatro Fontalba.

El alma de la aldea, estrenada en el Poliorama, de Barcelona, y Lara, de Madrid.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

La cizaña, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición. (Agotada.)

El ídolo, en tres actos (refundida en dos), estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

El mismo amor, estrenada en el teatro Lara. (Agotada.)

Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Las buenas intenciones, estrenada en el Coliseo Imperial.

El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.

Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara. (2.ª edición.)

Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.

Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.

La garra, estrenada en el teatro de la Princesa. (Agotada.)

Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.

Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.

En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.

Cobardías (10.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Lo pasado, o concluído o guardado, estrenada en el teatro del Rey Alfonso, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

Lo posible, estrenada en el teatro Lara.

En cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.

Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.

Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.

La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.

El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.

El milagro, estrenada en el teatro Lara.

Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.

Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.

ZARZUELAS

La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.

La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.

La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.

Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

OBRAS COMPLETAS

Publicadas por BIBLIOTECA HISPANIA *en preciosos tomos con cubiertas de pergamino.*

Tomo I.—*La cizaña* (dos actos).—*Aires de fuera* (tres actos).—*Porque sí* (un acto).

Tomo II.—*El abolengo* (dos actos).—*María Victoria* (tres actos).—*Lo posible* (un acto).

Tomo III.—*La estirpe de Júpiter* (cuatro actos). *Cuando ellas quieren* (un acto).—*En cuarto creciente* (un acto).

Tomo IV.—*La divina palabra* (tres actos).—*Bodas de plata* (dos actos).

Tomo V.—*Añoranzas* (tres actos).—*El ídolo* (dos actos).—*Clavito* (un acto).

Tomo VI.—*La raza* (tres actos).—*Flor de los pazos* (dos actos).

Tomo VII.—*Doña Desdenes* (tres actos).—*El caballero Lobo* (tres actos).

Tomo VIII.—*La fuente amarga* (tres actos).—*El mismo amor* (dos actos).

Tomo IX.—*Nido de águilas* (dos actos).—*Camino adelante* (dos actos).

Tomo X.—*La fuerza del mal* (tres actos).—*Como buitres* (dos actos).

Tomo XI.—*La espuma del champagne* (tres actos).—*La garra* (dos actos).

Tomo XII.—*Las zarzas del camino* (tres actos). *Fantasmas* (dos actos).

Tomo XIII.—*El conde de Valmoreda* (tres actos).—*Como hormigas* (dos actos).

Tomo XIV.—*El buen demonio* (dos actos).—*Lady Godiva* (cuatro actos).

Tomo XV.—*La casa de la Troya* (cuatro actos). *El milagro* (un acto).

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
PASEO DE SAN VICENTE, 20, MADRID